

Extracto del espejo

Karla Sandomingo Vizcaíno

Premio Nacional de Cuento
Juan José Arreola | 2009

Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola

Extracto del espejo

Karla Sandomingo Vizcaíno



Extracto del espejo

Karla Sandomingo Vizcaíno

Premio Nacional de Cuento
Juan José Arreola | 2009



Marco Antonio Cortés Guardado
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas
Rectoría del Centro Universitario del Sur

Mario Alberto Orozco Abundis
**Rectoría del Centro Universitario
de Arte, Arquitectura y Diseño**

Ángel Igor Lozada Rivera Melo
Secretaría de Vinculación y Difusión

Lourdes A. González Pérez
Coordinación de Artes Escénicas y Literatura

José de Jesús Arroyo Alejandro
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

José Antonio Ibarra Cervantes
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
Dirección de la Editorial Universitaria

Primera edición, 2009

© 2009, Karla Sandomínguez Vizcaíno

Fotografías

© Lourdes Covarrubias

D.R. © 2009, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978 607 450 164 3

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Impreso en México / *Made in Mexico*

SANDOMINGO VIZCAÍNO, Karla
Extracto del espejo / Karla Sandomínguez Vizcaíno.
1ª ed. Guadalajara, Jal. : Editorial Universitaria, 2009.
124 pp. ; 22.8 cm. (Colección Premio Nacional de
Cuento Juan José Arreola)
ISBN 978 607 450 164 3
1. Literatura. 2. Jalisco
863.ZAR

Este libro se escribió gracias al Programa de
Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico del
Gobierno del Estado de Jalisco, emisión 2007-2008.

Presentación

El **Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola** está organizado por el Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara, en colaboración con la Dirección de Artes Escénicas y Literatura de Cultura UDG y la Editorial Universitaria. Este concurso nace como homenaje a la memoria y el trabajo literario de Juan José Arreola, escritor originario de Ciudad Guzmán, y por la necesidad de convocar desde su ciudad natal un premio en uno de los géneros literarios más interesantes: el cuento.

La Universidad de Guadalajara instituyó este concurso, que se ha ido consolidando a lo largo de estos ocho años, con la finalidad de estimular el trabajo creativo de cuentistas mexicanos, el cual está abierto para obras inéditas de escritores residentes en el país.

La obra ganadora de esta octava edición, seleccionada de entre 135 trabajos recibidos, es *Extracto del espejo*, de Karla Sandomingo, originaria de Guadalajara, Jalisco. El jurado estuvo constituido por tres escritores de renombre nacional: David Miklos, Antonio Ortuño, y Cristina Rivera Garza.

Extracto del espejo fue declarada ganadora por unanimidad, la obra destacó por su carácter poético y su rigor literario, por sus frases cuidadas, llenas de evocaciones.

Índice

11	Del otro lado
15	Emparedados
17	Tránsfuga en el jardín
20	Abilio o la lengua
25	Compañero de piso
30	Golpe latido
35	La mujer del hombre pegado al auto
41	Ella no sabía la verdad
45	El ruido de los muelles
49	Argas
52	La mujer de negro, extracto del espejo
56	Mirada blanca
58	Cabeza de huevo
61	Esa cabeza me gustaba para mí
65	La mujer que nos hizo perder el tiempo
68	Yo no me robo los sueños

71	Ella había sido siempre muerta
75	Serpentina
79	El sueño que soy
81	A quince metros
85	Bosco, las cerezas y el mal
89	Disfraz
97	El té más estúpido
99	¿No oye ese silbido?
105	La mujer de ojos amarillos
109	Mamá botón
111	He tenido que disimular
113	El buen hombre que vino
116	A mí no me gustan los perros
118	Atractores extraños
121	A manera de epílogo



Del otro lado

Nos gusta estar aquí. Todo es silencioso, aunque el chocar de platos es estridente durante lapsos concretos: a primera hora en la mañana, a mitad de mediodía, cuando la tarde va cediendo para dejar que la noche nos envuelva, es entonces cuando el ruido es menor, tímido.

El muro de la cocina que nos separa es ancho, como se construían los muros hace tiempo, así que los sonidos son amortiguados, sordos. Y cuando hay silencio se escucha, al fondo de la casa, un chocar de agujas delgadas como si hablaran de algo indescifrable, como en clave Morse. ¿A quién hablan? ¿A nosotros? A veces nos duerme una canción de cuna y, ya entrada la noche, nos revela cuentos esa voz que no viene de la garganta sino de las profundidades de ese cuerpo pétreo que la contiene.

Nosotros no quisimos que ellos se fueran. Nos sentimos solos, desamparados. Los libros de la biblioteca son testigos de nuestra orfandad. Sabemos ya de memoria sus líneas y de nada nos sirven sus recuerdos. Sin embargo, las voces de ellos son parte de nuestra historia sin tiempo, están con nosotros —materia viva y sonora— sin páginas de por medio. Y conforme se alejan, nos acercamos para escuchar mejor, para salvarnos.

No es el pasillo, es la cocina y su trajinar diario el puente por cruzar. ¿Por qué la distancia de apenas unos pasos se convierte en una distancia inasible? Esos pies en movimiento se transforman en abismos, la soledad se agranda.

Nuestra zona es amplia: el comedor, la sala, la biblioteca, los tres dormitorios. Un pasillo con su maciza puerta de roble aísla esa parte del ala delantera donde hay un baño y la cocina, lugar del concierto de platos y vasos contra la pila de agua. De este lado giramos como sombras en un baile callado. Allá tienen demasiada tierra en el aire, como acá. Con una ráfaga se palpa el polvo en las superficies de los muebles y los pianos. Con un dedo se surcan caminos en los lugares donde se acumulan praderas de ceniza.

Nosotros supimos siempre que nada nos acercaría tanto a esas voces dulces como entrar a la cocina; al baño, donde el correr del agua se asemeja a una fuente dormida; a la parte luminosa, esa parte de la casa en la que nada falta, en la que la soledad es sólo una palabra de libro.

Esa noche tan larga pudimos escuchar que unas manos preparaban mate. Nos acercamos, pero no lo suficiente o no fuimos tan rápidos como para atravesar el pasillo y alcanzar a cruzar el umbral. No lo conseguimos. Una mano dio un portazo y puso la aldaba. Una sombra ocupó nuestros corazones cuando escuchamos girar la llave: estaba del otro lado. Esa mano iba acompañada de unos pasos firmes que abrían más la distancia con su sonido cada vez más lejano. Nos quieren dejar, dijimos. El puente se alzó contra nosotros.

Las voces son más apagadas ahora y mejor cerramos los ojos. Soñamos con una voz de estatua, como esas voces que vienen de los sueños, tan cerca que podemos tocarla como se toca un cuerpo o unos brazos dulces. Cerramos los ojos para estar allí, adentro de esa voz, con la esperanza ciega y dormida de penetrar un espacio resguardado por la noche. Con la esperanza de haber traspasado la voz y el muro cuando abriéramos los ojos,

quizá preparado un mate para escuchar esas voces que nos mantienen vivos, pero ahora desde el mismo lado. Soñamos con cuerpos que se marchan. Nosotros no queríamos que se fueran.

Soñamos con unas voces que nos dejan, que cierran la puerta de la casa para siempre. Y aún no abrimos los ojos. Aún no estamos del otro lado.



Emparedados

Este espacio reducido se extiende ante estos ojos ciegos. En este espacio húmedo abro las garras y estiro las falanges. No hay fronteras. Todo es silencio. Se puede escuchar el trago de saliva del otro, cascada en el fondo del estómago. Nos habita una gran cuenca, y ellos, ojos apagados, nuevamente sordos a la luz, sigilosos en un compás de espera, se arquean en el silencio y vibran los pellejos.

Desde aquella noche detenida enmudecí y mi cuerpo se untó en el muro. La humedad era propicia. Nadaba en el líquido de la respiración. Ya no era más que opaca sustancia que ronroneaba en el sueño de un rincón jamás habitado hasta hoy.

Soy el gato. Ella, con un hachazo en la cabeza, ahí, adentro, escucha del otro lado del muro la voz triunfal de su marido después de emparedarnos. Desde la primera palada se hizo noche, y el sueño, eterno.



Tránsfuga en el jardín

Para Alberto Ruy-Sánchez

El carnicero se dedica todas las tardes a sentir la presencia de los demás árboles. Lo cierto es que su paladar es húmedo cuando piensa en las cortezas y en los desjugadores que hacen guerra por cualquier semilla. Cuando se abre cualquier cuerpo, por muy duro que sea, se vuelve dócil al hincarle los dientes. Cada fracción es cementerio de lo perdido. Cada árbol es también una posibilidad de ascenso. Cada roedor.

A veces se mueven alrededor del carnicero —él aparentemente ignora a los ruidosos—, le succionan la corteza para obtener a cambio un hermoso paisaje en las alturas. Si caminaran, podrían entrar a la carnicería a través de la puerta estrecha al fondo del jardín.

Huele a carne cruda y a sangre en deterioro. Tres generaciones de árboles gigantes y murciélagos fogosos han acompañado a esta singular fábrica descuartizadora. Viven tanto tiempo como la especie rara de ficus que habita entre la vida y la muerte allá en el jardín. Las batallas que se viven en ambas regiones son similares. Aquí adentro se conoce desde tiempos milenarios la profesión compartida: cultivar cadáveres.

En la región del jardín quien tiene dientes los tiene rojos. Nocturnos. Los ojos han agrandado su tamaño con las décadas. Ocupan más del tercio de la cara y ya casi no tienen lo blanco del globo ocular; no se recuerda el nombre científico de esa parte anatómica porque ya no es necesario. Tie-

nen la vista aguda y alcanzan metros y metros de alto con la mirada —siempre y cuando no esté el sol en el cenit— y pueden agazaparse con una destreza inusitada.

El carnicero ha podido estudiar a las semillas, ahí sentado en el jardín durante meses, sin moverse. Granos que sólo con el fuego reblandecen, o con los dientes firmemente dispuestos alrededor de ciertos puntos geográficos del pequeño cuerpo localizados con unos sensores muy particulares situados en la punta del colmillo. Pero nada hay tan maravilloso como la decadencia de los troncos que van cediendo con la invasión. Esta otra región, abajo, en la tierra, es un paisaje con vida propia y muerte de la que él también se adueña. Los recovecos situados en la base del tronco son como un pecho sin pulso.

Cuando aquella semilla germina y avanza hacia abajo en una danza lenta y seductora, hay un camino por la piel que arde. Pero cuando llegan al suelo, vestidos con el polvo, hunden sus extremidades y chupan la savia; el pulso se debilita y muy difícilmente queda algo legible en el tacto.

Quién de nosotros acabará en el jardín y qué región trazará un círculo inviolable. Cuál de todos estos seres cambiará una vida por la otra. El carnicero tiene los ojos más grandes jamás vistos, y duda. Siempre duda. La carnicería está al fondo y la pestilencia llega hasta el patio trasero; el jardín huele distinto, también a sangre.

El misterio permanece en ambas regiones divididas por la puerta fronteriza, esa puerta invisible. Y descifrar estos dos ecosistemas es, dentro de unos minutos, imposible.



Abilio o la lengua

—¿Dónde están? —pregunta de nuevo el camarero después de escuchar que el cliente quiere ver los conejos y los terneros para elegir.

—Permítame un momento.

Atraviesa el lugar rápidamente en busca del *maître* que, unos pasos antes de llegar a la mesa, reconoce al cliente que come langostas —y sobre todo truchas— cuando viene a este restaurante. Siempre se detiene largamente en el acuario y observa. Su cuerpo delgado, cenizo, abre una posibilidad; sus ojos tienen una mirada fija, como un dardo y, tras un movimiento particular de algún pez, su rostro se transforma. El *maître* sabe que cuando esto sucede debe avanzar hacia él, sacar la trucha que indica con su dedo finísimo y llevarla a preparar.

Hoy el nervioso *maître* y el cliente confundido hablan de cosas extrañas.

El camarero se siente culpable por lo que está sucediendo: él fue quien le ofreció una alternativa para la cena de esta noche. Apenas lleva dos días trabajando ahí y parece que está a punto de perder su trabajo. El camarero siente lástima por sí mismo, pero, sobre todo, se siente conmovido: se da cuenta de que el cliente, tan asiduo y tan conocido por el *maître*, no sabe nada de carnes. “Sí, los cabritos están en las bandejas. Y adobados”.

Los cortes que le lleva el camarero a su esposa tienen fibras que él conoce de memoria, se mueven dentro del pa-

lador y se deshacen dócilmente. Es tan fácil reconocer cada trozo, cada músculo, cada cartílago. Como las carnes de su mujer, que últimamente se ponen difíciles al taco: él ya no puede contemplarla ni dejarse llevar hacia sus caderas cuando cocina. No tiene el rostro transformado como el del cliente, no puede apuntar con su dedo índice para que ella quede vencida ante su deseo.

—¿Tienen cuernos?— Mientras el cliente pregunta, el camarero mira al *maître* con terror disimulado: mi trabajo se va a ir al cuerno. Esto le provoca imágenes arrebatadoras: la cocina de su casa, su mujer. El camarero ignora que dentro de poco va a cambiar la forma en la que está acostumbrado a sentirse dentro de sí. Y puede cambiarle la vida: con ese cliente tan asiduo y meticuloso puede perderlo todo. Piensa en la esposa tan muda. Qué le oculta. Ella está en casa preparando la cena de ese día, callada; él llegará tarde, prenderá fuego a la estufa y recalentará el guisado. Cenará solo. Ella, al día siguiente, se irá temprano a casa de su patrón a hacer la limpieza y la comida. Se irá sin despedirse, sin hablar. De qué color será su lengua huraña, lo sabría si la partiera en dos como cuando parte con el cuchillo la lengua en salsa verde que le prepara su esposa cuando hay lengua para preparar —pero ya no hay: era la lengua del restaurante en el que trabajaba antes, los trozos que el cocinero le daba al final del día—. Se acabaron esos días felices, ahora está en otro sitio, ajeno. Y sin lengua.

—Pero son pequeños, los cuernos.

El camarero escucha el diálogo.

—Los animales que tienen cuernos son el buey, el cabrito, el rinoceronte—. Y yo, piensa el camarero.

—Y la jirafa. ¿Tienen ustedes jirafa?

Es que ellas también tienen cuernos. Un cuernito pequeño. Las mujeres tienen cuernos y algunos hombres los

tienen, y se imagina las carnes de la esposa en las manos del patrón, regordete, sudoroso y con dinero. El corazón le giró en el pecho.

—Puede comer el conejo sin miedo. ¡Abilio! —dijo el *maître* al camarero que seguía el diálogo—, traiga un conejo a la cazadora para el caballero.

Abilio entra a la cocina, observa los conejos en bandejas; conejos adobados, muertos, limpios. Impecables. A su mujer le gusta preparar la comida así, limpia, muerta, en bandeja. La mujer es adobada, limpia, fría.

Escoge un conejo y se lo lleva al chef.

Se siente aliviado cuando lleva el conejo preparado al cliente y el *maître* hace un gesto de aprobación mientras atiende otra mesa. Parece que no pierde su trabajo. Eso parece. Pero sí puede perder en la cocina. Pero no en la cama. En el pecho está cocinándosele aquella imagen que estará lista para hacerlo explotar. Ella y él. Cómo no. Ella y su patrón. Ha de ser regordete, sudoroso y con dinero, el maldito. Ella y su patrón idiota. Y la lengua en salsa verde. Y la lengua de ella, roja, movediza, juguetona, en la boca de él. Y luego, a su regreso, la lengua de ella verde, muerta, fría.

Espera con impaciencia el final de su turno, tiene que arreglar eso de una buena vez. El cliente —amante del acuario y los crustáceos— entra a la cocina y habla con el chef; le pregunta cómo cocinar conejo a la cazadora. Y otras cosas. El camarero escucha desde un rincón mientras deja su uniforme colgado en la gaveta que tiene su nombre en la puerta. Avanza unos pasos. Observa de nuevo al cliente raro con mirada formal escuchando las palabras del chef. El chef no tiene lengua, pero habla. El camarero gira el cuerpo hacia la salida, marca la tarjeta en el reloj checador y se despide del *maître* que entraba a la cocina y cierra la puerta del lugar tras de sí. Recuerda el rostro apagado

de su mujer. Entonces escucha algo en el fondo del pecho —como cuando una moneda cae al suelo en el silencio de la noche—, entonces se da cuenta: hace tiempo que no hablan, que no se tocan. No quiere llegar a su casa. Además, le reclamará que debe la renta. Hasta que le llegue la primera quincena. Cruza la calle rumbo a casa, hay que cocinar la lengua verde, fría, muerta; adobarla y dejarla lista en una bandeja preciosa. Para eso guardó en su mandil un cuchillo antes de salir de la cocina del restaurante y luego lo metió en su mochila. Su pensamiento brilla con el filo. Arde la frente del camarero por el pensamiento brillante. Mira tal pensamiento inclemente en bandeja, acompañado de lengua adobada. La lengua de ella. Para que calle para siempre, la maldita. Para que no hable con su patrón, para que siga callando, sin abrirse a él, para que no se abra a nadie. Para que quede muda, verde, fría, muerta.

Ella está esperándolo. Abre la boca. Abilio se da cuenta de que la boca de su mujer es pequeña, que sus ojos están hundidos, y sabe que va a darle una mala noticia, la conoce. El regordete. Va a confesar. Las manos del regordete sobre ella. La lengua de ella en el cuerpo del regordete. Pero la mujer le dice que ya no tendrá el mismo sueldo, que irá menos con su patrón, que ya no cocinará el *soufflé* de espinacas. Ahora su patrón sólo sale a restaurantes para cenar truchas y langostas.

El camarero olvida el cuchillo. Ya no quiere lengua en salsa verde.



Compañero de piso

Salió de su departamento hace rato. Camina por las calles de Nueva York, y la de Broadway lo hace sentir nuevamente estúpido. Mira el letrero de la esquina: Subway up Town. Baja las escaleras y toma la línea azul. Franklin, aunque tiene gustos muy particulares y su discurso es poco articulado, siempre está ahí. Eric subió las escaleras del metro, cruzó algunas cuadras, abrió la puerta de la casa de Franklin y entró a la sala. Ahí estaba una chica, sentada en el sillón, hojeando una revista, aburrida y ansiosa.

—Hola —dijo cordialmente a Ginnie.

—Hola.

Le preguntó por Franklin, y cuando supo que estaba apenas rasurándose entendió que no llegarían a tiempo para ver la película. Ginnie piensa que este hombre de facciones regulares no da pista sobre él mismo, tal vez esté relacionado con las letras. Eric recuerda su departamento tirado y su impulso por salir de allí lo más rápido posible. Le causa ansiedad no haberlo limpiado. Ginnie piensa en el traje de este hombre, en sus manos cubriendo su cara, tallándose los ojos. ¿Un mal día en la redacción del periódico? ¿Horas leyendo las notas más importantes? ¿Corrigiendo un libreto para la obra de teatro más importante de la ciudad en los próximos meses?

—Esta mañana ha sido la más...

Eric escucha sus propias palabras y siente que su laringe habla por él, esos nueve cartílagos; siente que su voz trepa por el esófago y que los pulmones no hacen su trabajo; piensa que

las cuerdas vocales están de vacaciones, que también está de vacaciones el hioides —este huesito es único en los antropoides—, pero los movimientos linguales no están tampoco de buenas. Eric apenas arrastra la voz incluso en su pensamiento. ¿Por qué le enseñaron esto si él sólo iba a arreglar aviones?

—¿Qué pasó?—preguntó Ginnie, mirándolo.

Eric no sabe bien qué respondió, tal vez algo relacionado con el aburrimiento; en realidad, las palabras tienen problemas para salir, para contar que su compañero de cuarto se llevó todo. Puta madre, se llevó todo. Miró vagamente hacia la ventana.

“Nunca intentaré, ni por asomo, juzgar a la naturaleza humana. Puedes decírselo tranquilamente a quien quieras”. Eric no sabe por qué le quiere decir esto a la chica que está enfrente de él, con una revista abierta en las manos.

Eric quiere hablar de esta persona que está comparando el piso con él desde hace meses. Le parece largo el tiempo: cuántas cuartillas serían las que cubrirían las veces que él tuvo que limpiar su departamento de las porquerías de su compañero. Una obra de teatro infinita.

—Este escritor —se escucha a sí mismo agregar sin terminar la idea, acordándose de la maldición favorita de una novela de Hemingway, novela que estaba en este momento tirada en el piso de su departamento vacío.

—¿Qué hizo?

Algo masculló el joven para no responder. Sacó un cigarrillo de su paquete, le prendió fuego. Ginnie vio que sus manos eran grandes. Pero él no prestaba mucha atención a Ginnie, sólo pensaba en su departamento y en su estupidez: meter a un muerto de hambre en su casa.

Le dice a ella que no quiere pensar en el asunto, que se siente furioso. Busca un cenicero en la mesa para sacudir el cigarro y le cuenta de este personaje de Latona, Pen-

silvania, o de algún lugar así, y piensa que pudo haberle mentido también en eso. Eric sabe que decirle a ella que es microscópico el piso es una estupidez. Sabe que necesita hablar de sus colillas regadas por todo el piso.

Eric observa el abrigo de Ginnie. Recuerda al perro de su madre. Mira su ropa y se da cuenta de lo harto que está de los pelos que se riegan por todo el departamento, de su ropa llena de pelos. Algo le comenta a Ginnie. Mira su reloj.

—Este chico nunca es puntual. Vamos a ver *La bella y la bestia*, de Cocteau. Es la única película que merece la pena que uno llegue a tiempo. ¿La has visto?

Después ella pregunta si él también estuvo en la fábrica de aviones, pero él no quiere hablar de eso, lo bueno es que Selena, la hermana de Franklin, entra en la habitación. Ginnie se levanta inmediatamente y algo habla con ella.

Salen del sitio y se queda solo. Vuelve a mirar su reloj. Franklin no aparece. Quiere contarle lo de su compañero de piso. Se llevó todo, todo lo que allí había. Franklin entra al salón, trae un cigarro encendido. Eric enciende otro. Mira el reloj y lo señala mirando a Franklin. Él le dice:

—Que Joan, la hermana de Ginnie, se casa, la muy estúpida —aspira fuertemente su cigarro.

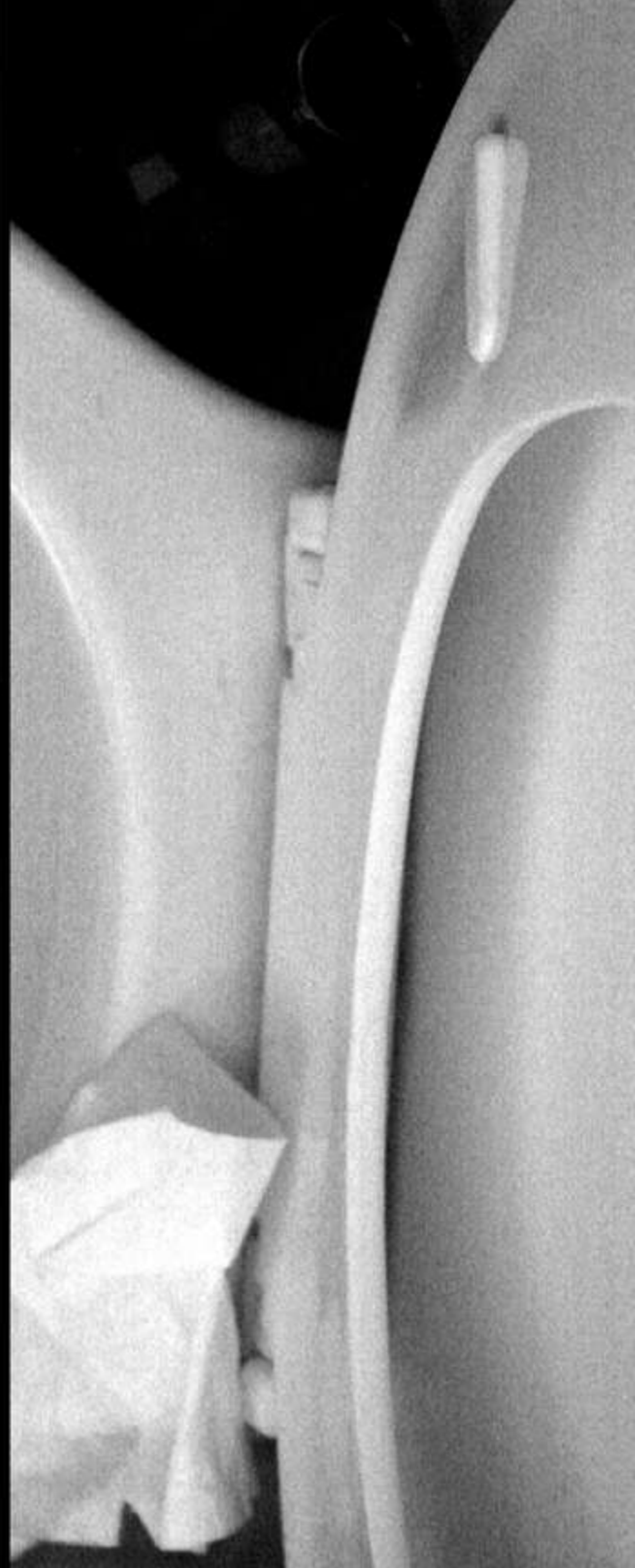
—Pero nunca le hablaste —le dijo Eric.

—¿Un capitán de fragata, imagínate, se casa con un capitán de fragata!

—¿Un capitán de fragata? —repitió Eric— ¿Cómo se llama?

Eric tiene en la parte frontal de su cráneo toda la información, por fin armada y completa. Es Dick Heffner, ¿salió huyendo de Nueva York y dejó plantada a su prometida? Franklin no puede creerlo. Ríe con euforia, trae en su felicidad un trofeo. Ambos caminan hacia la puerta. Una vez fuera del edificio empiezan a caminar hacia la avenida

Lexington para tomar el autobús. Entre la Tercera y Lexington, Eric mete la mano en el bolsillo para palpar la llave de su departamento y las entradas del cine. Ginnie no es tan mala chica, después de todo. ¿De qué color era su cabello? Franklin tampoco lo sabe. Podría invitarla a salir, leerle la novela de Hemingway que adaptará para su siguiente obra de teatro. Pocos años atrás, le había costado mucho pensar en salir con una chica, pero ahora lo ve posible. Después de todo, Dick ya no vivirá en su departamento, podría pensar en una vida amorosa. Ignora que Ginnie piensa en Franklin. Franklin tampoco lo sabe. Hace frío. Eric ignora también que Dick está morado y frío, que lo encontraron muerto horas antes en el puente Brooklyn, tasajeado. Ignora que Joan en este momento tiene los ojos idos, su vestido azul celeste y una mano ensangrentados.



Golpe latido

Para Ignacio Betancourt

Tiene sus muletas en el cuello, y a un hombre frente a él sentado en el retrete adentro de un teatro burlesque que ha visitado por enésima vez.

No toma o no toma ahora por el medicamento. O porque tiene unas muletas presionándole el cuello. Tomaba. Golpeaba. Dibujaba planes para desorbitar la vida cotidiana de su esposa —sin saberlo—, su juguetito sumiso con pilas eternas y piernas de plástico.

Nadie lo sabe, pero mató a su primo con las pinzas que tenía en la mano mientras reparaba un motor en su taller mecánico. Idiota, eres un perfecto idiota, dijo repetidas veces mientras golpeaba su cráneo una y otra vez hasta que su cabeza fue ardiendo en rojo líquido y sonoro —rojo como su rojo, al fin, el mismo líquido corriendo por las venas de ambos—. Los latidos de su pariente sucumbieron y los de él fueron componiendo una melodía: golpe, latido, golpe, latido, hasta que la pulsación de ambos cesó. Su corazón tomó el ritmo normal, como el corazón de un mecánico ordinario que repara amorosamente un motor averiado. Su dulzura camina con él; deja a sus espaldas la cortina cerrada del taller. Su dulzura va ensombreciéndose con la noche. Por eso se fue a un bar y bebió. Y el alcohol fue trazando, tejiendo, cociendo, palabras para la esposa linda. Otra idiota. En casa no hay pinzas, pero sí cuchillos, tenedores, macetas, platos, vasos de cristal —cortadores resplandecientes—, sillas her-

mosas, piezas de cerámica perfectas para el festín del corazón pulsando al ritmo de la canción del idiota —no me pegues, no me pegues— mientras suena el golpe junto con el latido. Pero también hay balcones. Y los balcones no se llevan con el brandy; con el vodka. Las rejas endebles de los balcones logran caídas pertinentes para salvar las vidas de los idiotas, como la esposa. Muy adecuadas. Las caídas:

Su pierna doblada en tres antes persiguiendo a la mujer que le ofrece cenas frías, una mujer tonta, una pierna tonta y rota.

Malabares para asistir a la enyesada. Yeso blanco y puro contra las cortadas rojas y magistrales en la cabeza de la inútil que siempre lo espera en la noche. Un hospital para idiotas. A ella le cierran el boquete en el cráneo vacío de buenas ideas; al músico de las pinzas, la graciosa posibilidad de una orquestación de sonidos. Los golpes tuvieron que esperar. Y la melodía sigue en su cabeza.

Un antibiótico. Ella no levanta denuncia. Un desinflamatorio. Ella le acaricia el cabello. Un analgésico. Ella lo ayuda a entrar a la casa. Un tequila. Ella se lo trae del refrigerador. Él quiere más, no es suficiente. Sale a la calle y toma un taxi. Ya es de madrugada.

Entra a una cantina que no había visitado antes. El hombre de la barra le ofrece una cerveza. El prefiere ron. Le ofrece cerveza oscura. Con gran cabeza. Hecha en casa. La cantina es la casa de las cervezas oscuras. Ellas invitan a tomarse, dice, los hombres las tomamos. Ellas se dejan, dice él. Idiotas. Tan frías y redondas. Se destapan y se abren completamente a la boca de uno. El cantinero dice sí. Le cobra las cubas. Él sale de allí y toma otro taxi. Pero tiene ganas de orinar y lo que está más cerca es el Burlesque. Entra. Está un hombre en la entrada. La cerve-

za grandiosamente idiota le revierte el regocijo. Por qué no pidió cerveza en lugar de ron. Tiene unas ganas como nunca antes. Y tiene ganas como nunca antes de orinar. Tardará un poco en llegar al pequeño baño individual, tardará un poco, en lo que acomoda sus movimientos con las muletas y la bebida que no lo deja moverse, perra. Lo ayudan un par de chicas, conmovidas, sonrientes, tocándolo de los hombros y no donde deberían, que sería mucho mejor y más conveniente. El baño está ocupado. Le pide que se apresure al cabrón que está adentro, con muletas en mano. Golpea. Golpea. Sácame si puedes. Está sentado en el retrete con sus anchas nalgas sobre de él, muy cómodo. Está cagando. Su mirada es como la de él: arde, es roja, es penetrante. El músico de las pinzas quiere seguir con la canción. Su corazón entra a la melodía del golpe, latido, golpe, latido. Golpea con su muleta hasta hartarse para que se salga. Quiere a su esposa, la quiere ahí, abierta, para entrar. Quiere entrar al baño, orinar, largarse y seguir con lo que dejó pendiente en casa. Tirarse a la mujer y tirarla por el balcón, como hizo ella hacía unas horas. El hombre del retrete le arrebató las muletas de las manos. Una cae por el piso —la música de afuera es estridente—, la otra queda en las manos del usuario del baño. Es cagante. La tiene sobre su cuello, lo aprieta. Le grita palabras que no alcanza a entender porque la sangre se le sube a la cabeza y le zumban los oídos. Nada escucha ya. Siente los orines correr por entre sus pantalones. Siente que deja de sentir los orines calientes. Ahora están fríos. La música se escucha afuera, y las risas, las voces de las actrices. Él está solo. No siente ganas de mujer ni de cervezas ni de actuaciones al desnudo ni de golpes. No siente. Nada. No puede ver.

No escucha ninguna canción; apenas, en la lejanía. No recuerda su composición de golpes y latidos. Mira con fijeza el muro de enfrente. La flor azul que traía en la solapa ahora está en el suelo. Los pétalos están regados en el olvido. La puerta del baño está cerrada, escuchó el portazo minutos antes, pero tampoco recuerda eso. Todo es borroso. Ya no recuerda su nombre. Lo encontrarán al día siguiente —tal vez Caronte— ya muriendo la tarde, al abrir el teatro. La canción endurece, termina.



La mujer del hombre pegado al auto

Fue por un café a la cocina y regresó con el libro que tenía pendiente y que desde hacía días había dejado. Dio vuelta a varias páginas y dejó el libro sobre la mesa del antecomedor. Toda la mañana libre y no saber qué hacer con ella. Hacía varios días que tenía en mente cambiarse el color del cabello. Sorprenderlo en la noche: Un buen vino, un buen vestido, tal vez algo al horno para calentar la casa. Y un buen peinado, con el tinte nuevo.

Después de los cuarenta minutos que esperó para lavar-se el cabello, abrió la regadera y calentó el agua, se enjuagó y llenó la tina. Se envolvió en una toalla, se secó y peinó y regresó a la cocina por el libro. Otro café o, tal vez, una copa de vino, para iniciar el día. Buen comienzo. Cabello nuevo, vino entre los labios, una buena lectura en la tina. Se recogió el cabello para no echar a perder el secado y metió sus pies delgados al agua, sintió que la temperatura era perfecta. Trató de entrar a la lectura del capítulo en el que se había quedado, cuando ella, la mujer de cabellos negros, debía mentirle a su esposo sobre su embarazo, pero recordó el café fuera de su lugar, la cafetera encendida y la vajilla sucia desde la noche anterior. Su marido era tan ordenado que no soportaría ver el tiradero a su regreso: arreglar todo antes de cocinar la cena y luego dejar limpio el molde que ensuciaría para hornearle las papas que tanto le gustaban a él. Volvió al libro y se metió en la lectura. No había tal embarazo, y ella había tenido que decírselo, y hablarle del

amante para qué; todo había sido inútil, no había bebé y él estaba enterado de su traición. Sonó el timbre. Ella se dio cuenta de que el agua de la tina ya estaba casi fría y que afuera llovía. Qué hora sería. Volvió a sonar el timbre. Se levantó, tomó su bata de baño y se amarró las cintas; se acercó a la puerta y la abrió un poco enfadada. Un niño. Su marido la esperaba abajo, en el coche, que era urgente. Le dijo al niño que ya iba. Se dio cuenta de que no traía el paraguas. Quedó en el umbral, indecisa. Miró hacia abajo. Una rata muerta al borde de la banqueta, una rata remojada por la lluvia. Una rata. Miró hacia el coche de su marido y lo vio retorcerse.

Sin pensarlo ya, bajó las escaleras, corrió hacia el coche y abrió la puerta, pero él, con un ademán, casi empujándola, no la dejó entrar. Le dijo que era peligroso, que el coche lo tenía secuestrado y no lo dejaba salir. La lluvia le caía a ella por toda la espalda y le mojaba el cabello recién arreglado. Y vio al marido, en aquel capullo caliente y empañado que lo aislaba del mundo, retorciéndose entero en el asiento para salir del coche sin conseguirlo. Trató de jalarlo por el brazo. Era imposible sacarlo. Aquello no podía ser verdad. Se miraban, callados. Él sudaba profusamente y sus ojos se agrandaban mientras la veía, como buscando que ella lo salvara. No. Esto no era creíble. Entonces ella le dijo que regresaría a casa para buscar ayuda para solucionarlo y pudieran comer juntos, que ella llamaría a su trabajo para avisar de su ausencia por problemas de salud. Le pidió que se tranquilizara, que no tardaba. Subió las escaleras de nuevo. Cogió el teléfono y quedó unos minutos dudando: a quién llamo, a quién pido ayuda, qué tipo de ayuda, acaso mi marido está loco: la policía, el hospital, buscando la mejor articulación de su voz para escucharse creíble. Su nombre, el de su marido, el coche es gris oscuro, la marca, la ma-

trícula; qué podía ser útil para resolver esta situación. Cómo de pronto su marido... Imposible. Observó la cocina: el café sin guardar, la cafetera encendida todavía, la vajilla de un día anterior, sin lavar. Esa era ella, no él. Él era metódico, metódico. Cómo podía incrustarse en el coche sin que fuera verdad, pero cómo podía ser verdad. La verdad a veces no es creíble, es como la mentira. La verdad está abandonada. Ella, la abandonada. La verdad y ella. Se siente sola. Su marido no podía estar loco. Miró la cocina desordenada y se le hizo un nudo en la garganta. Esa soy yo, no él. Y él, a pesar de su necesidad imperante de orden, no le reclamaba nada. Nunca. Recordó sus labios tibios en los párpados de ella: no te levantes todavía, aprovecha la mañana para descansar. Recordó su voz ronca y dulce. Le tocaba estar con su marido en cualquier situación, y creerle. Abrió la puerta, bajó las escaleras y donde estaba el coche ya no había más que un hueco y agua cayendo. Suspiró y suspiró de nuevo. La rata había sido arrastrada por el agua. Allá iba, sola, en la corriente, al borde de la banqueta. Entonces quiso llorar. Se le abrió el pecho tan grande y tan hondo que quiso llorar, pero no pudo. La calle desierta. La lluvia no cesaba. Gritó, y apenas unas cuantas personas salieron a su encuentro. Las miradas de todos se cruzaron con la de ella. Pero no tuvo respuesta a esas miradas. Sonrió tristemente y entró a su casa de nuevo.

Ahí estaba el sofá donde solía sentarse él a leer el periódico: vacío. Había prendido un cigarro de los de él. Por primera vez fumaba. Ya había anochecido y no sabía nada del coche, no sabía nada de él. La policía se había cansado de sus llamadas. No había razones suficientes para levantar denuncia y hacer la búsqueda. ¿Porque un hombre estaba pegado a su asiento del coche? Intentó de nuevo. Respiró profundamente al marcar los números en el teléfono, y

cambió de táctica. Tal vez, señor oficial, había alguien en el asiento trasero apuntándole con una pistola y no pudo decir mucho así, encañonado. Era el capítulo anterior de su novela, antes de que el esposo se enterara de que su mujer estaba embarazada. Parecía que había funcionado. Lo buscarían. Matrícula, marca del auto, color. Nombre del marido. Su nombre. El nombre de todo esto no era locura, no podía ser eso. Él era distinto. Él no dejaba nada tirado, no ensuciaba nada, sólo el lavamanos del baño con la colilla de su primer cigarro en la mañana, al despertar. Eso no era suficiente. Recordó sus acciones cotidianas, su forma de alzar el cigarro, su manera de dar vuelta a la página del periódico mientras subía la vista hacia ella que estaba enfrente leyendo revistas de interiores. Le sonreía. Le aventaba un beso. Seguía con la lectura. Se levantaba a hacerle el café, a lavar la vajilla de la noche. Anoche no lo había hecho. Pero eso no era indicio de nada. Él había estado apenas ese día en la mañana enredado a su cuerpo, con su respiración en la nuca de ella. Dónde estaba ahora. El goteo del agua afuera en la calle, eran los minutos cambiando de lugar en el tiempo. Pasado, presente, pasado, presente. ¿Y el futuro? ¿Goteaba el futuro? Recordó a la rata bajando por el desagüe. Recordó a la rata blanda por el agua. Sola. Abandonada. Fue alternando consonantes y vocales. Abandonada. No. No podía ser esta la realidad. Qué estará pasando allá afuera. Que alguien resuelva esto. Sonó el teléfono. Sonó apenas una segunda vez y ella ya había levantado el auricular. Que lo vieron, que lo siguieron, que subió la velocidad, que aceleró, que se fue alejando hasta que lo perdieron, que se esfumó en la densidad de la noche. Seguirá la búsqueda. Ella pensó en el coche secuestrador. ¿Era él o el coche el que conducía? Su marido nunca le había mentado. Sus papeles en la oficina estaban siempre en orden, la secretaria

era feliz con un jefe tan ordenado; nunca le había mentido a nadie. Era correcto. Era un hombre correcto.

Cada minuto seguía goteando interminablemente. Su cabeza viajaba hacia donde estaba él, hacia donde ella lo imaginaba, metido en la noche más oscura y más húmeda. Ella atravesó calles y recorrió la ciudad completa; ella trató de verlo, de visualizar su destino. Intentó salir de la ciudad, su cabeza no le daba muchas pistas, pero intentó imaginarlo recorriendo la carretera, cualquier carretera que lo sacara de la ciudad. Pero su cabeza estaba deshecha, agotada, y ella se quedó dormida en el sofá imaginando el agua de lluvia juntándose en charcos erizados en la superficie. Hacía viento y frío. Lo último que escuchó a lo lejos, fue el ladrido de un perro.

Su cuerpo torcido la despertó. Le dolía el cuello y las piernas dobladas durante tantas horas. Se levantó de golpe. El sol estaba oculto, pero era ya el nuevo día. La lluvia se detuvo de pronto. Salió a la calle. Era un largo camino hacia la nada, parecía perderse entre edificios y muros. ¿Dónde estaba el mundo? Ella quiso gritar, pero su voz estaba extinta. Ella se sentó al borde de la banqueta. Recordó a la rata. Se quedó allí, echada sobre el pavimento. La lluvia había comenzado a caer de nuevo. Escuchó el teléfono timbrar adentro de su casa. Una sombra la cubrió. La lluvia volvió de golpe. No se levantó más.



Ella no sabía la verdad

Él atraviesa la calle. La iglesia ve volar una garza. El cielo conoce la mentira. Sólo el cielo. La calle está llena de gente, de autos; los autobuses se conglomeran y elaboran un conflicto. Ignoran la mentira. Suenan las campanadas: las doce del mediodía. Él camina sobre la banquetta, mira el reloj; las suelas de sus zapatos se pegan al piso. Va sacando el pie del pavimento y tratando de ponerlo en lugar más seguro para sacar el otro. El lodo y la mentira. El aire blanco y la mentira.

Blanca, blanda, como bandera diminuta que ondea en el pañuelo de la mujer que pasa junto a él; a veces roja, volátil, etérea, como el humo de la pipa del señor de traje, la mentira.

Él recuerda las palabras de ella, en medio de la plaza, con su sombrero rosa y flores naturales; las manos de ella, en medio de su vestido rosa y su libro azul. Dónde quedaron las palabras transparentes. Las páginas sueltas, el aire haciendo de las páginas pájaros como garzas que embisten el cielo. Ella conoce la mentira y quiere la verdad. Él piensa que ella piensa en los primeros pensamientos que formularon el inicio de una historia que apenas abre la puerta. Él recuerda el portón negro y la casa vacía; los floreros negros llenos de flores blancas, la tarjeta sobre las flores, las manos de ella sangrando, el libro tirado en el suelo, deshojado.

Quiere alcanzarla. Sabe que el fuego está encendido y que salta, sabe que la estancia se vuelve roja con el fuego

y los latidos. No sabe qué entiende ella por mentira y por verdad, qué es lo que sabe; quiere detenerla.

La calle está repleta y él se vuelve lento en sus pasos. La señorita Thingummy estará tomando el té en su mesa escritorio, relejendo la carta y la tarjeta. ¿Quién la mandó? ¿Qué dice? ¿Son palabras turbias? ¿Son transparentes? La quiere con él, tal vez fue tan lento como sus pasos de ahora, tal vez tardó un poco en escuchar los latidos y las campanadas. Es mediodía. Y ella es orgullosa y amante de la música. Y del té.

Las páginas del libro azul siguen volando por la plaza.

Atraviesa otra calle, una más, tan solo, y todas las palabras necesarias, los gestos, las manos aferradas a su vestido y las flores sombreándole el rostro como recuerdos negros justo afuera de su casa. Antes de que los pasos de ella vuelen como las páginas del libro, sus pasos al encuentro.

El niño no sabe decir mentiras. Él se acerca y reconoce el portón negro. Sus manos y sus piernas tiemblan. La verdad y la mentira. La palabra. La invención del imaginario que se aleja en silencio. La camioneta terminó de descargar y arrancó precipitadamente calle abajo.

La puerta de la entrada de la casa de la señorita Thingummy está abierta. Abre y camina como si el lodo se hubiera secado en las suelas. Hay un té todavía caliente en la mesa escritorio. Y una carta a medio escribir. Las vitrinas protegen abrigos de pieles. El de ella. A dónde fue sin abrigo si el viento pasea por entre los edificios. Quiere esperar. Se quita el abrigo y lo mete en la vitrina. Se sienta en la silla donde hace unos minutos estaba sentada la señorita Thingummy sorbiendo té en su mesa escritorio. No quiere leer las hojas que ahí están. Prefiere escribir. Saca un bloque de hojas limpias y toma el tintero entre sus dedos ya más tranquilo.

La garza vuelve a cruzar el cielo sobre la iglesia. Nadie sabe la verdad, la mentira, nadie sabe de la palabra. Nadie sabe que una mujer y un hombre piensan en ello. Nadie ve que una mujer cruza la calle como cruzar un lago azul. Verdad o mentira. Los autos, como barcos encallados, guardan silencio. Sólo un motor se escucha. Y un estruendo.



El ruido de los muelles

Esto ocurrió en Niteroi, y parece que eso es importante. Niteroi, con las tablas del muelle siempre húmedas y oscuras y sus barcas de vaivén. Niteroi, un lugar misterioso de casas viejas, ennegrecidas. Eso dijo Clarice alguna vez. Yo lo leí.

Allí, donde inicia la calle empinada hacia el muelle, está la toalla blanca, reluciente, contra los muros desvencijados, colgada de la reja del balcón. La toalla blanca, pura, y los corazones puros de los amantes ennegrecidos. Y la humedad de la habitación, la respiración inquieta, el cuerpo caliente, las manos entrelazadas. Luego, una voz femenina diciendo: ya, vete. Se desenreda del cuerpo de él, lo abraza con fervor, y dice de nuevo, ya, levantándose de la cama y sentándose frente al espejo para peinarse. Él la mira, ella no. Se levanta él, se pone la ropa con el peso de una tarde que no se podrá repetir si no es con incertidumbres. Con ese peso y con la ligereza del viento incendiario que pasó hace segundos por sus pulmones. Se inclina ante ella y le besa el cabello, serenamente, sin pasión. Sin rosas, sin regalos, lo saben. Sin certezas. Ella no deja de mirar el espejo. Él cruza el umbral de la habitación y se escucha el portazo. Ella corre al balcón y lo observa caminar hacia arriba, hacia las otras casas viejas y solitarias. Sonríe.

Al día siguiente, es una toalla azul la que se confunde con el color del cielo, como si fuera un pedazo celeste que se hubiera colgado del balcón de la casa. Es mediodía. Su amante no puede venir cuando la toalla azul está colgada

del balcón. El calor es húmedo y paralizante. Él, su marido, entra dejando su estetoscopio en el borde de la mesa junto con carpetas y su maletín. Está callado y come sin mirar hacia en frente. Su cabeza inclinada hacia el plato denota una sombra en sus pensamientos. Que Jandira ha muerto. La amputación de su pierna por la gangrena no sirvió de nada. Está muerta. Y no se sabe qué hay aquí, en realidad, cuando el latido se detiene; si esta vida es oscura o silenciosa. Y el ruido es un invento. Y las palabras. Nadie lo sabe todavía. Pero él sabe que Jandira tampoco podrá decirnos qué es la vida porque su muerte no tiene regreso. Sus ojos hondamente negros están en la sombra del fracaso. Pude haberla salvado, se dice mientras sorbe de la cuchara. Y Bastos no fue al funeral, el muy idiota, nunca la volvió a ver. Y sus cabellos lacios ondeando en el aire junto a su sonrisa no sirvieron. Nada sirve. Ahora Bastos, el ex novio de la difunta, la hija del doctor a quien abandonó porque ya no tenía pierna, tiene otra novia, una mujer que no tiene defectos físicos.

El doctor sale de su casa. Los vecinos lo ven. Él sabe cómo lo ven. Sabe que el padre de Jandira tiene amoríos con su esposa. Sabe del amante de su esposa. Pero él la ama y no quiere estar solo. Quiere morir a su lado, que alguien lo cuide. Tiempo después, ella, su esposa, tiende la toalla blanca en el balcón. No hay prisa, pero la hay. La prisa es un hilo delgado que se desliza en el pecho.

Su amante vendrá, pero con el corazón también ensombrecido. Así pasa en Niteroi. Todo se humedece, se llena de hongos. En Niteroi hay una casa con una toalla blanca que ondea triste por los vientos de Niteroi. Por eso es importante. Porque en Niteroi no se puede tener amantes. Éste, el padre de Jandira, ya no podrá meterse en las sábanas de esta mujer tan sola. No podrá. La imagen del rostro de su hija, de su pedazo sin nada que le impidió caminar; la ima-

gen del doctor tratando de salvar a Jandira, sus lágrimas en el funeral, la ausencia de esta mujer; del cuerpo desnudo de esta mujer que se hunde en sus dedos; las imágenes de los rechinos del muelle habitación de sus amores oscuros, las imágenes de todos los que lo ven salir por esta puerta, las imágenes de su esposa en silencio sollozando por las noches por la muerte de su hija Jandira y no por su infidelidad, hacen que él ya no pueda.

Ambos lo saben, pero no se despiden. Abrió el farol de su pecho, ella, y le condujo a la salida para que navegara en su sombra húmeda. Su marido, ahora que es de noche, tan de noche, duerme junto a ella.

Ella recuerda a la novia actual de Bastos. Bastos y sus oídos inútiles, Bastos y su sordera, Bastos en la cárcel de su propio asco a lo deforme. El pobre de Bastos saliendo de la cárcel para entrar al laberinto de sus oídos llenos de agua hirviendo. Ella recuerda lo que le contaron de la amante, la que es la nueva novia de Bastos, cuando derramó líquido en sus hermosas orejas velludas. Ella lo dejó sordo. A Bastos. Y quiere hacer lo mismo que ella hizo, también por celos, porque ella está celosa de la muerte y de la medicina y de los muelles. Baja a la cocina y pone a hervir agua. El oído de su hermoso doctor, su marido dormido, es un oído de madera, como los muelles, hinchado y sordo. Que ya no oiga nada. Que no sepa lo sola que se ha sentido. Ella se recuesta junto a él, y duda: a quién ponerle el agua en el oído. Está harta del ruido de los muelles rechinando.



Argas

Soy matemático. Soy tan sólo un matemático atornillador con filosos huesos. No soy médico. Puedo entrar a la piel y saber de qué sustancia es la sangre, pero no soy médico. Ni histólogo. Se escucha un crepitar por las noches. Soy yo. El matemático. Y es que debo calcular bien mis pasos, mis movimientos y, sobre todo, mi manera de encajar en esta superficie ambigua. Soy matemático o soy matemática. No sé. O no lo sé todavía. Pero eso es lo de menos. El rojo es lo de más. Y no soy vampiro. No. Matemático vampiro, no. Sólo matemático, podría decirse. Como las células lo son, como las plantas lo son, como las piedras lo son. Como los animales o los insectos. Mi esqueleto lo es. Blando y calculadoramente arrugado. Y mis brazos.

Usted debía sentir esta piel en sus extremidades. Esta hermosa piel delgada, blanca, tibia, succulenta. Podría decir que el médico de esta pobre mujer es un verdadero estúpido, pero no. La crueldad está de más. No puede saber qué tiene porque soy discreto. Y la mujer se va acabando. Cuento las pieles que se van, las pieles que me encuentro, como un coleccionista de pieles. Eso sí soy. Matemático coleccionista de pieles. Y los coleccionistas de pieles no maltratamos las pieles, no maltratamos a nadie, en verdad. Y esta mujer se va acabando y no sé por qué. Porque no soy médico.

El médico viene, la revisa; el marido, Jordán, se desespera y desesperanza; las manzanas podridas no tienen remedio, se van arrugando. Y la sangre de esta mujer la tiene

acabada. Esta mujer, y sus respiros, se va acabando. Se degrada, se troza, se rompe, se deforma, se vuelve otro número. El número que ahora es el número. Y qué número es ahora que ella no habla, que se borra, que se detiene antes de llegarle algo a la retina, que se desintegra apenas trata de descifrarlo, de abrazarlo. Alicia quiere abrazar a Jordán y no puede porque está muriendo.

Un día. Dos. Cómo llegar a la cifra si no conoce su cantidad ahora, su peso, su distinción; cómo se acerca si sus movimientos responden a una fórmula numérica que le resulta ajena, extraña, distante, con números que no distingue en su lenguaje, que cambian de resultado.

Y qué es el resultado, qué resulta de todo esto si los números se despegan, el agujero negro se cierra, el brillo se opaca, los espacios se interrumpen, el río se seca, el camino se borra, la lengua pétrea lanza silencios filosos, el pie se dirige a otro sueño o a un limbo cualquiera, si la tristeza se desconoce a sí misma, si la anulación del número primigenio se convierte en bifurcación, si la cama se vuelve una espera sólida y tangible —pero sin final próximo o demasiado próximo o ya muy lejano y no se leyó a tiempo o demasiado cercano para darse cuenta—.

Cuenta las horas, los cuerpos, las muertes, los números. Tres días. Cuatro. Cuenta los números que la olvidaron. Olvida los números que ella es. Cinco. Quién es ella, qué número es ella o ha sido o dejado de ser. Quién la cuenta a ella. Ese número. Yo la cuento. Meto mis dientes por última vez. Saco la sangre lentamente hasta ponerme gordo. Media hora y me dejo caer. El vuelo me recibe, las plumas de esta sábana espantosamente calma y silenciosa. Ya no habla, no respira. Cuento y no encuentro sus latidos. Ya no sirve esta sangre. Cuento a esta mujer desde mi cuerpo esponjoso. ¿Qué número de piel era?



La mujer de negro, extracto del espejo

La mujer vestida de gris escucha los gritos de la mujer vestida de negro insultando a los mercaderes. Pero no sabe si esos gritos son reales ya que no sabe si sus oídos existen. Si toda ella existe.

Ya alguna vez había tenido la certeza de haber sido vista, pero se dio cuenta de que ella era otra mujer, como la de negro que ahora insulta sin cesar a los mercaderes que le han pisado los pliegues de su falda. Pero a la mujer de gris, ni siquiera le pisaban el aliento con la mirada. No era vista.

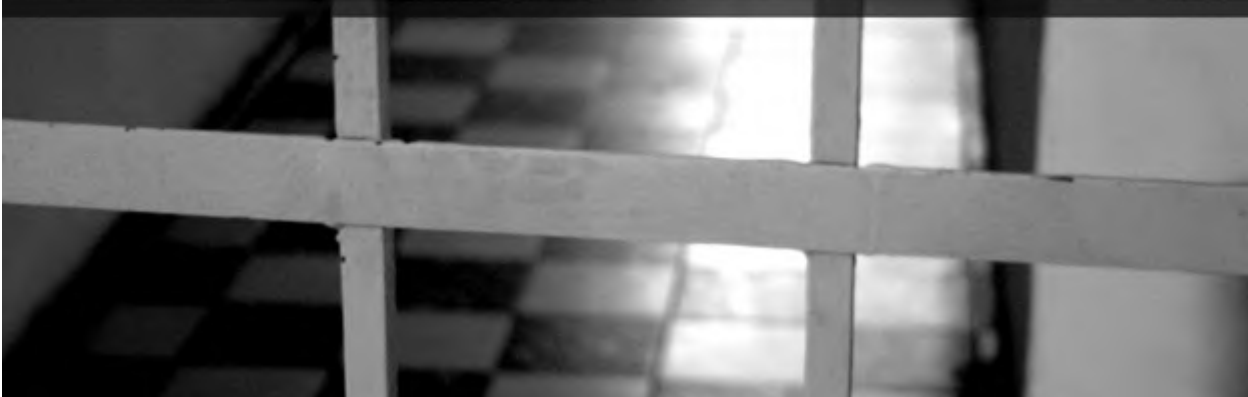
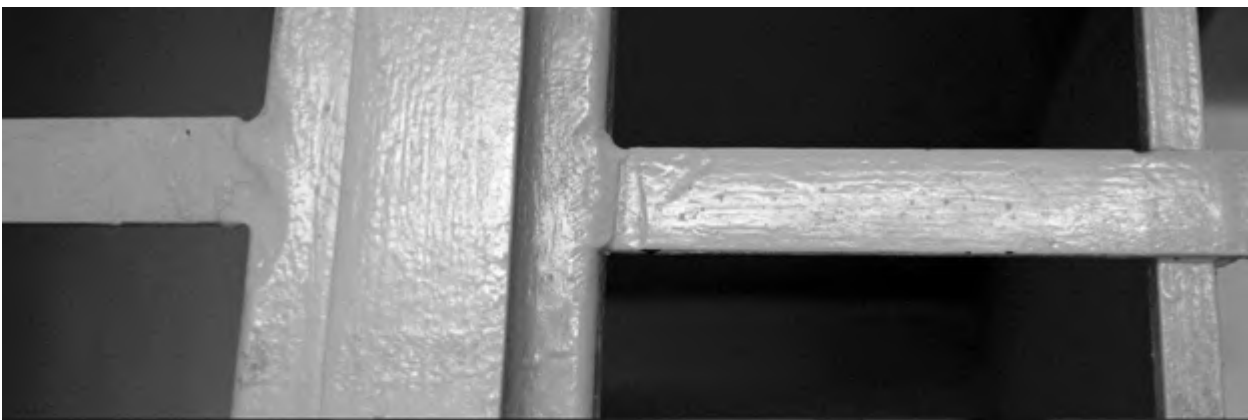
La sala está tapizada de telas de araña. Ella, la mujer de gris, conoce bien a la mujer de negro. Pero se pregunta si la mujer vestida de negro existe, y se palpa constantemente para estar segura de que ella misma existe. Junto a esta sala está la otra, donde la mujer vestida de rojo, sin darse cuenta, se desangra por una ancha herida abierta en el pecho.

Ninguna mujer sabe que existe, salvo la de gris que es la que realmente se preocupa de esto. Todas ellas han deshecho sus figuras, sus formas, por una docena de situaciones que las han llevado a la transparencia. La mujer vestida de negro grita sin saber que en realidad tiene a hombres enfrente, ¿los ve? La mujer vestida de rojo no sabe que sangra de la herida abierta porque no tiene manchado su vestido porque no tiene vestido porque ella no existe. Pero la mujer vestida de gris, sí. Antes, había sido esclava del espejo. Espejo, no para verse ella, sino espejo de los otros. Todos se miraban en ella y cantaban canciones que a ella le pare-

cían negras. La oscuridad del cuarto donde vive, la lleva a entender lo que otros necesitan para sentirse completos. Pero alguna vez ella se sintió fatigada de reflejar eso en los otros, a quienes les producía la necesidad de estar cerca de ella; pero no era ella sino ellos mismos. Alguna vez ella se sintió amplia, sin fronteras. Y sin voz. Desconoció su nombre y cerró los ojos. Y entonces nadie pudo verse en ella. Pero entraban con el afán de encontrar su otro lado, el que sólo ella conoce o devela o refleja en sus corazones flacos. El cuarto es tan oscuro que se manifiesta su deseo en el espejo. Cuando ella dejó de mirar sus deseos y cerró los ojos, ellos vieron un vacío tan negro como su propia historia hueca. Negros salían, negros de mirada y de palabras negras. Así, un hombre se arrancó el brazo izquierdo porque se dio cuenta de que ese brazo era inútil porque no podía escuchar la piel de su mujer. Otro hombre, retraído y traicionado por la vida, se había sacado los ojos y los llevaba en la mano para venderlos al primer ciego que los quisiera. Pero cualquier ciego que pagara por ellos, al ponérselos en sus cuencas, saltarían de horror y los tiraría al suelo, huyendo. El hombre los volvería a tomar entre sus dedos, se los metería a la boca para quitarles la tierra acunándolos en su mano y meciéndolos, cantando una canción negra; sus ojos eran negros completamente, como dos grandes esferas abismales. Un tercer hombre quiso llevarse a la mujer y al espejo, pero al mirarse en él y escuchar el silencio de la mujer desnuda, descubrió su propio silencio y se tragó su lengua amoratada.

La mujer vestida de gris ni siquiera puede desear la fuerza y el odio de la mujer vestida de negro; la indiferencia ante la sangre de la mujer vestida de rojo. La mujer vestida de gris no desea. Antes, tiempo atrás, después de que el espejo se rompió y llenó de sustancias negras todo el piso

de la habitación, ella, habituada a sonreír, hablar, entender y fingir, había guardado silencio. Sordomuda, se dedicó a la cocina, y conocía el lugar donde se encontraban los tesoros deseados por los mercaderes, los zafiros, que para ella eran objetos simples, como sombras de su propio pensamiento. La estrella que lleva tatuada, la estrella de los magos, ha desaparecido porque ahora duda de su propia existencia. Pero sólo duda. En realidad, sospecha que sus negros ojos se están despintando hasta un verde transparente y que su boca se convierte poco a poco en una herida celeste. Pero solo es una sospecha. Porque ya no se mira en los espejos. Lavanda es su rezo; sus rodillas sangrantes. Tampoco lo sabe, sospecha. Y es que rodillas sangrantes color lavanda es ridículo, pero así es, aunque más ridículo rezar; de qué le serviría rezar si luego acabaría atada a un mástil de barco llena de hombres sedientos de todo lo que ella podía darles menos sedientos de ella misma. Así que cayó en el mismo error. Dar lo que ellos quieren recibir. Ya no son espejos sino zafiros. De cualquier manera es devolverles algo de su propio sueño. Así que el negro la abandonó, y el azul. Todos la abandonan. Ahora es gris, toda ella, cabellos, ojos, miradas y cuerpo. Y olvidó palparse para asegurarse de que existe porque ya no desea saberlo. Ni siquiera eso. Dejó de desear. Y todo el cuento se está volviendo negro, junto con los hombres mercaderes y junto con las mujeres rojas y negras, y las sordomudas, también negras. Todo. Toda ella es de un perfecto negro color gris, como el de su inexistencia.



Mirada blanca

Él tomó su mano. Lo habían decidido entre los dos. Estaban ya en el muelle North Wall. Se marchaban de ese lugar en un barco de casco negro. Él la estaba salvando. Ella confió su presente a él; su viaje al sitio que la alejara de su padre. Y, ciertamente, Frank no supo que sus sueños se habían acomodado a los de ella. Aún con el barco en frente, chillando. Había sucedido unos segundos antes. Pero, de pronto, ella había encontrado otro paisaje que los dividía en el tiempo. La mirada de Evy era fija, distante; y sus manos se aferraban a los barrotes como se aferra un náufrago a la tabla. Pero sólo sus manos. La mirada era como la niebla que alumbra los faroles, transparente. Inasible. Frank estaba allí, solo, con un hueco indescriptible, liso, no con mariposas, sí con gusanos atrapados, como crisálidas en el pecho, y con ella ahí, en silencio. Y Evy lo veía, en verdad veía a Frank, pero era como un agujijón que lo atravesaba, esa mirada blanca. La mirada desde un sitio oscuro del que nadie regresa jamás.



Cabeza de huevo

Oigo mi pensamiento. Escucho mis gemidos salir desde la caverna. La noche cae. Oigo mi pensamiento y escucho pasos también, afuera, afuera de mí, o de esta cáscara que parece ser yo. Escucho pasos afuera porque no sólo adentro existen caminos, también los trazan de manera extensa allá, como la noche que cae (la noche que cae adentro de mí). Alcanzo a imaginar el fondo del foso que tengo enfrente y que toco en sus orillas con mis delgados dedos.

El rostro del hombre que algo piensa cerca de mí se ha acercado más. Me habla. Sé que no dejaré de gemir, de llorar todo este silencio que me aleja del río, del día, de la mirada y del habla. Porque no veo. Apenas vi alguna vez figuras borrosas, pero de qué sirve mi ojo cuando se borra apenas lo toco. Por eso lloro. Apenas sé lo que es el jazmín, el alcanfor; se van diluyendo los nombres de esas pequeñas hojas que hincaba mi uña larga. Por eso gimo. Largamente. Y qué decir de las palabras que me dejaron no más se alejó el día, y la tierra que antes podía palpitar bajo mis pies.

Una mano toca mi espalda. Volteo mi cabeza hacia él. Completa. No veo, pero sé que esa mano es la del hombre que, supongo, tiene un rostro completo y palabras sucias para soltar, como pétalos azules.

Habría que tallarle en su maldito infierno de bondad todo lo que yo no tengo. Porque soy mala, también. Bien adentro. Una daga que se encaja en lo que de fosa soy. Porque soy una fosa (lo sé, me toco las orillas, toco mi fondo

siniestro). Él necesita ayuda así que me acaricio la cara. Mis ojos, mi nariz y mi boca se borran. No más me ve, brinca. Grita. Pobre hombre. No sabe que a unos pasos se hallará a otro, al que le contará cómo me ha visto, y ese otro, cuando lo escuche, con su propia caricia en su rostro, hará que se vuelva un rostro borrado, como el mío. Y se apagará la luz. Porque uno se parece a su amor, pero a oscuras no se ve. Pobre hombre maldito. El otro. Y el hombre. Pobre hombre bondadoso hasta el infierno. No sabe que él, cada que acaricia su cara, de noche, también se queda fuera del mundo, que también es un Mujima. Eso quiero pensar. Que no soy única. Que no soy el espanto que habita en mí cada que me ven y que por ello dejo de existir para ser una mujer con cabeza de huevo. Mujima. Ese es tu nombre. No corras. Dí-melo. Estoy segura de que no soy el último Mujima. Tállate el rostro. Quiero tocarlo con mis dedos. Tállate. Ahora.



Esa cabeza me gustaba para mí

Yo sabía que cruzando la puerta, del otro lado del edificio, en muchas ocasiones habían entregado sus cabezas. Y sabía también que personas como yo han cruzado la puerta, la de este lado, para lograr su deseo.

Yo crucé el umbral, esperaba escuchar el sonido de esa voz suave que daba indicaciones. Estuve mucho tiempo allí, de pie. Quería decirle: ¿mi cuerpo, se refiere usted a mi cuerpo? Claro, por supuesto, ¿dónde lo pongo, hacia dónde lo llevo? ¿Puedo tocar las cosas, el lugar, para que me sea más fácil trasladarme? Pero la voz no me hablaba, no sentía el tránsito de sus vibraciones por el aire. El silencio era atroz, hermético. Con la necesidad que me embargaba, quise gritarle a la voz que me dijera algo, que me diera lo que necesito. En realidad, no entendía por qué necesitaba esto, en qué momento había yo perdido la cabeza. Sólo sentía deseos, pasiones, pero no podía tener recuerdos —a menos que fueran los de esa voz—, y entonces de quién eran los recuerdos si tampoco una voz puede recordar. ¿O se puede recordar sin cuerpo? Y no se sabe si esa voz tiene cabeza, si es etérea, si vive fuera del cuerpo pero tendrá unas cuerdas vocales y una caja torácica para hacerse oír. Tenía cuerpo, definitivamente. Pero no el de carne y hueso que vemos transitar por las banquetas. Y no entendía de pronto por qué demandaba la vida de los otros —Ella, las voces. Porque ella siempre hablaba en plural.

El salón estaba oscuro y desierto. Nada había, sólo una puerta cerrada y muros desgastados. Lo supe porque mi tacto

no sentía vibraciones y la humedad se metía por los poros de mi piel. Quise gritar que alguien me informara cuánto tiempo estaría allí y si había más seres que aguardaban su turno. Nadie me hablaba. Mi cuerpo estaba en total desconexión. Decidí abrirme paso y escudriñar, palpar con las manos esos muros. Fue cuando di con la puerta cerrada. Giré la perilla y abrí un poco con el temor de que esa acción fuera lo suficientemente grave para merecer un castigo tan fuerte como salir de allí sin lo que tanto anhelaba. Alcanzaba a percibir la humedad del otro lado. Escuché cómo se abría una puerta enérgicamente. La luz era cegadora, lo supe por el calor que irradiaba. Alguien había escapado. Cerré la puerta. Yo esperaba poder escuchar esa voz de la que me hablaron tanto. Alguien me tomó de la mano y me llevó hasta la mesa donde yo había dejado la cabeza cibernética que me ponía cada día. Me puso las manos sobre ella. Por eso supe que tenía que volvérmela a poner. Con el pesar más profundo, salí a la calle.

Durante una semana no quise saber nada de nadie. En las noches quería soñar y recordar mis sueños, pero no podía. No recordaba mis relaciones nuevas ni mis palabras ni a mis personas, nada que se construyera desde que tengo esta cabeza. Aún, con mis amigos de antes, he podido establecer una conversación, pero sin recuerdos, todo diálogo como nuevo.

Salí a la calle. El café de siempre, con el amigo de siempre. Ambos mirábamos el diario, las noticias no eran noticia. Saber que mis palabras eran huecas y que mi forma de ver y oler eran artificiales me parecía ya insostenible. Un hombre sorbió su taza. Vi hacia el frente y lo reconocí por la sensación de miedo que emanaba su cuerpo y que lo abarcaba todo. Era el mismo miedo que yo había percibido aquella vez en el gran salón, del otro lado de donde yo estaba esperando. Pensé: Ese fue el que huyó después que estaba

Sentí claramente el olor del café derramado en la tela de su camisa. Ese olor de café persistente, que insiste en aparecer en mi vida pero de lejos, sin sentir su sabor en mi paladar. El hombre del miedo tenía miedo. Le dije a mi compañero de mesa: "Ese fue el que huyó después que estaba". El café exquisito tan lejos de mi paladar virtual por culpa de él. Completé la frase: "Después que ya estaba inscrito".

Sabía que la intensidad era una de mis aliadas y que me era posible entrar, como ojos siniestros, en la vida de cualquiera, y atravesar las paredes con mi cuerpo-radar como un ser capaz de traspasar la maraña de pensamientos de los otros. Él se dirigía a su casa con su miedo verde, con su camisa manchada de café derramado por terror. El hombre del miedo —con cabeza— se levantó precipitadamente y se marchó. Me levanté también. Regresé a casa desangelado. Me saqué la cabeza de su lugar y la deposité en la vitrina. Suspiré. Siempre me pasaba lo mismo. Nunca se cumple mi deseo de tener por fin una cabeza humana. Otra cabeza más que se pierde. ¿Cuándo tendré la mía para poder degustar un café caliente? Tendré que regresar ahí, al sitio, y esperar otro día por una cabeza. Un café. La idea permanece, al menos, y todavía no olvido lo que es y a qué sabe el café. O es posible que tenga yo ese recuerdo articulado por mi cabeza falsa y ya no sé a qué sabe realmente. Cada vez se hace más persistente la idea del café y siento que cualquier rasgo o característica de esa taza junto con su líquido se hará más grande con mi deseo. El café del otro, el café del hombre con miedo que se manchó de café su camisa. Que la mancha en la camisa de ese hombre se haga más grande cuanto más la limpie. Que sepa lo que es desear y no tener. Que sepa lo que es tener la cabeza de otro. Por su culpa, he perdido la cabeza.



La mujer que nos hizo perder el tiempo

Éramos jóvenes en aquel entonces. Y estábamos en un café, al fondo, sentados en la última mesa. Veíamos a la mujer rubia de cabellos cortos y al hombre que la acompañaba. Hablaban. Ella, con su vestido escocés de lana, se estaba despidiendo de él. Y nosotros veíamos en ella la oportunidad de acercarnos a una mujer rubia, de esas que no nos voltean a ver. Estuvimos muy atentos a toda la charla. Ni siquiera las dos personas que entraron y se acercaron al mostrador nos distrajeron. Ella había tocado la mano de él y él no había correspondido. Algo escuchamos que él dijo sobre un monstruo horrible. Nos pareció inaudito que le hablara así a la mujer rubia de rasgos bellos, era otro. Desde el inicio de la charla hasta el final hubo una transformación. Incluso la voz de él había cambiado. Ella se levantó de golpe y salió del lugar sin mirar atrás. El hombre también se levantó de golpe, pero se dirigió al mostrador.

—Soy un hombre distinto, James —dijo al cantinero—. Ves en mí a un hombre completamente distinto.

—Sí, señor —dijo James.

Le hicieron espacio las dos personas que estaban en la barra y se sentó mirando hacia afuera. Allá iba ella, caminando apresuradamente y cruzando la calle para desaparecer dando la vuelta a la esquina. Él se miró en el espejo. Repitió que era un hombre distinto. Y claro. Había entrado

un joven moreno, bien parecido, con una mujer rubia y hermosa, y ahora era un hombre solo, con ojeras bajo los párpados y canas en el cabello. Su mentón era más duro que hacía unas horas y tenía unos abultamientos en la espalda. Había cambiado, pero se veían bien. Como si hubiera regresado de vacaciones de verano. Años después. Nuestro primer impulso había sido seguir a la mujer rubia, pero nos dimos cuenta que el sueño de tener a una mujer como esa significaba quebrantar la juventud y luego sentir el paso lento al perderla. Así que nos quedamos con el deseo de acercarnos al hombre y hablar con él, que nos contara de ese diálogo que acababa de tener con la mujer. Decidimos ir diariamente al bar porque ella había dicho que volvería. Nos quedamos. Él perdió el interés en el regreso de la rubia. O lo había olvidado por completo, por la edad. Pero nosotros, aún éramos jóvenes. Y nos quedamos porque el hombre cambiaba día con día y queríamos ver si ella era capaz de reconocerlo. Él era distinto, cada vez más. Nos quedamos con la duda de si nosotros mismos podríamos reconocerlo a la siguiente visita al bar. Es que era completamente distinto. Y sólo si lo veíamos diariamente podríamos reconocerlo. Y nos quedamos porque de tanto convivir con el hombre comenzábamos a parecernos a él. Qué fortuna. Deseábamos, de cualquier manera, que ella regresara y, por error, nos buscara a nosotros. La amamos desde el primer día que la vimos, por eso queremos parecernos a ese hombre que cambia tanto, por eso queremos envejecer, y envejecer. Aunque ya olvidamos por qué estamos aquí.



Yo no me robo los sueños

No quieres saberlo. Vienes al pueblo a buscar agua con el cántaro abrazado a la cintura. Pero, ¿y tu hijo?

Es mediodía y los niños detienen sus juegos. Uno de ellos me habla y me pide que me acerque. Está dormido, pero, aún así, me habla. Todo estaba en silencio cuando yo tomé su sueño y él inmediatamente después se puso a gatarear. Pero no me lo robé. Tú no quieres saber qué pasa con sus ojos y quién es el amo del sueño.

Podrás encadenarme. Podrás creer que soy culpable. Y podrás sacarme de mi cueva oscura y saber que allí caen los sueños y ruedan por el arroyo diminuto, entre las piedras. Pero el bosque no es tuyo ni las sombras que duermen. Los bambúes tampoco tienen la culpa. Ignoras que las luciérnagas también se alimentan de sueños.

Cuando descubras quién se ha robado el sueño de los ojos de tu niño, querrás arrancarte el cabello, y la piel, y la lengua. Querrás olvidar tu nombre, tu medida y tu tierra. Querrás que te roben el sueño, el día y los pasos. Querrás darme los sueños tomados. Porque yo no me los robo. Él, como todos los niños, me busca; él, desde el nudo nocturno, me llama; él, con su hilo de voz, me enreda: él quiere que me meta a través de sus párpados al bosque de su noche; él, llorando de miedo, se acerca a mi arroyo, a mi garganta, a mis brazos, y se refugia del día violento, de las tardes grises y de la garra del ogro. ¿Y tú sabes quién es el ogro? ¿Sabes qué viene a quitarle a tu niño? ¿Le has revi-

sado si tiene todavía el aire, el latido y el tiempo? El ogro abre la jaula con la llave oxidada. Abre la jaula de noche, de día, de tarde, y el pájaro vuela. Los niños lo ven mientras duermen. Observan aún dormidos.

El pájaro oscuro, el ogro, entra a sus gargantas y se lleva la suavidad del tiempo, por eso me piden que me lleve su sueño. ¿A quién le vas a reclamar ahora el robo del sueño de los ojos de tu niño? ¿A quién?



Ella había sido siempre muerta

Ella observa los ojos saltones de su marido que le explica acerca de la mujer que estaba en la habitación, que la mujer fantasma estaba allí, llena de sangre por la mordida que él le había dado en el rostro cuando ella se había acercado para olerle la mandíbula.

La cama está empapada y apesta. Pero la mujer sigue observando los ojos saltones de su marido. Él todavía ve en su mente atormentada la figura de la mujer traspasando el umbral de su casa con su falda de cáñamo, vestida de luto. La mujer, de rostro amarillo, se había acercado tanto que podía olerle la muerte. Pero no pudo entender que el aroma del pasado estaba cercano a su cuerpo de hombre. Y mientras él no podía entender, tenía una esposa con arrugados sentimientos anunciando la sentencia. Él le habla a su esposa y le dice que allí estaba la mujer fantasma, sentada sobre su vientre, mirándolo y olfateándolo. Y es que quería oler las facciones de alguien vivo; los ojos y la mirada de alguien vivo; la piel de alguien vivo. Ella había sido siempre muerta, desde pequeña; había nacido en la muerte y había crecido en ella hasta hacerse mujer. Cuando el mentón del hombre estaba cerca, pudo oler en él el nombre de su propio presente, pero infinito. Y él la mordió. La mordió tanto que alcanzó a sacarle la sangre aún viviendo en aquel sitio insondable y sin tiempo. Por eso ella volvía

cada vez, para oler la sangre de su propio cuerpo de mujer sola y sin materia.

Y la esposa del hombre lo sabe. Sabe que la mujer visita a su marido y que trata de sacarle el verdadero olor. Trata de encontrar así lo que le falta. La esposa sale de la habitación mientras él sigue susurrando que el fantasma estaba allí. La esposa sonríe levemente, para que él no lo note. Esa es su venganza. Durante la noche podrá tejer tranquilamente, charlar con la mujer fantasma y reírse también del hombre, inventar una coreografía que lo saque de la cordura, contarle una historia sobre otros fantasmas, llevarle otros fantasmas que lo huelan y se acerquen y se sienten sobre su vientre gordo. Ella podrá charlar con la mujer fantasma, pero sin contarle la verdadera historia, sin permitirle sentir el verdadero olor de su propia venganza.

El hombre yace en la cama y decide que no volverá a dormir nunca. Pero ella, la esposa, sabe que lo vencerá el sueño, y podrá charlar con la mujer fantasma sin decirle que mató a su madre embarazada de ella, por celos. Por eso nació muerta y crece muerta, y por eso quiere sentarse en el vientre del hombre, porque es también su origen, su tierra grasosa que la llama como la sangre llama y quiere que la arrulle en su regazo.

El hombre siente que su esposa no conoce de muertes ni de amores. Pero no está seguro de ese sentimiento. Ella siempre teje y él siempre siente que ella no conoce de amor, del latido, del aire. Ella podrá charlar con la mujer fantasma, hija de su esposo, esa maldita hija que él tuvo con la otra, con esa perra traicionera, con ésa, que se decía su hermana. El hombre no sabe que su esposa sabe. La esposa sabe que él no sabe que tuvo una hija

que es también su sobrina. El amor no sabe que hubo amor entre esa mujer y ese hombre. La esposa sí sabe que hubo amor y los odia. El odio es un olor detestable que la mujer fantasma percibe en la habitación. La esposa del hombre huele a eso mientras teje una mordida al destino eterno de su marido aterrado. La esposa del hombre huele a eso tan terrible, mientras teje una canción negra.



Serpentina

El río era una enorme lengua que soltaba todos los gritos del agua. Ella ya no quería vivir. Y el agua daba vueltas con todos sus colores girando lodo adentro, con todas las sorpresas que puede tener un río hablador. Por eso dormía. Las nubes habían despertado. Poco a poco llegó la lluvia. El río era una enorme lengua.

Ella no quería vivir. Dormía. Y no era tristeza —ellas no pueden ser tristes— eran ganas de soñar otra vida. Soñaba con extensísimos y plácidos campos verdes, con un manto azul sobre ella, con aire en abundancia. Soñaba. Y la tormenta llegó. Ella dormía y soñaba que un río se extendía ante sus ojos y llovían sobre él animales de manchas blancas y negras, y descansaban sobre el agua como barcas pequeñas y gordas, y pastaban en el agua; tendían puentes entre el latido y el silencio.

Ellos observaban el río. Ella, la muchachita, parecía dormida; soñaba. Yo los vi. El cielo estaba ya despejado cuando se acercaron a mí, lentamente, y me preguntaron por ella, si yo la había visto con el becerro. Dije que no, que a ninguno. Pero sí vi. Es que se veía que el muchacho no hallaba qué hacer, cómo tranquilizar a su hermana. Y ella sollozaba y sus pechos se movían de arriba abajo. Como yo contemplo el río ahora, ellos contemplaban la suciedad en el agua, y las ramas, el lodo, las hojas que flotan con rapidez en la superficie y luego desaparecen hundiéndose repentinamente. Y los peces venían desde arriba, flotando también, inmóviles,

hinchados, y se perdían de vista para aparecer otros. Así se fue la vaca, la dormilona vaca, la Serpentina se fue girando; primero, sus patas abajo y el lomo apenas asomado en la superficie, luego, las patas arriba, tías, estiradas, como buscando el cielo. Se perdió en su último sueño. Dice el muchacho que tal vez estaba dormida y no se dio cuenta de que el río se llenaba. Dice el muchacho que tal vez creyó que podía cruzarlo. Y preguntó. Y le dije que no. Que nada.

No dije sobre el becerro.

La muchacha se quedó sin nada, sin una vida para vivir con un hombre. A menos que el becerro haya podido salir allá, río abajo, donde ya nadie vio, y un hombre lo haya agarrado y encerrado en su casa para que nadie supiera, y lo marcara con su fierro y esperara a que creciera y a que nadie se acordara, para luego llevarlo a la matanza y venderlo, y ya en canal ni quién sepa que era el becerro de la Serpentina, la vaca que le había dado a Tacha su mismo padre pa' que agarrara buen hombre.

Entrados los meses, después de visitar a Tacha, con el pretexto de la muerte de su tía Jacinta y la pérdida de sus dos animales, quizás le saque a ella su tristeza de esos ojos tan bonitos, y ya de pasadita, después de muchas pláticas para que se sienta confiada, una mirada de sorpresa y espanto cuando la agarre con mi cuerpo, ahora que está tiernita, antes de que se pierda entre los brazos de los demás hombres que también quieren con ella. Tan chula la Tacha. Y el río caudaloso que soy le saque todos los gritos y dé vueltas mi lengua en todo su cuerpo como serpiente ardorosa y colorida. Como serpiente mi lengua girando y girando bien alegre. Como Serpentina, la carne de Tacha asadita en mi calor para comérmela entera. Una fiesta cuerpo adentro con todas las sorpresas que puede tener un río como éste

que viene debajo de mí, queriendo perder sus orillas, como las pierde el río que contempla Tacha con su hermano. Tan bonita con sus ojos tristes y sus tetas brincando. Primero seré yo, de entre todos los hombres, quien sienta con mis manos los senos hinchados —que ahora suben y bajan mientras solloza por su vaca hundida en el agua puerca—, y los pezones pálidos y erectos en mi boca seca y sedienta de pezones pálidos y erectos—. Y ella soñará, querrá dormir como serpentina enredada en mis piernas. Soñará con extensísimos y plácidos campos verdes, con un manto azul sobre ella, con aire en abundancia. Soñará. Dormirá y soñará que un río se extiende ante sus ojos, y llueven niñas ahogadas en el espanto, flotando tiernas sobre el agua como barcas pequeñas o como puentes entre el grito y el cuerpo del río. Soñará que su espalda se tiende en la superficie del agua y que sus brazos se abren hacia arriba como buscando, como buscando. ¡Serpentina! ¡Serpentinaaaa!

Y nadie le creerá cuando diga que fui yo. Yo diré que no, que, pobrecita mocosa, ella quedó mal de la cabeza con la muerte de su tía Jacinta, pregúntenle a su hermano. Él la vio cuando contemplaba el río y me preguntaba por la Serpentina y su becerro. Yo voy a decir que no. De cualquier manera la vaca era para que ella tuviera hombre, así que ya está pagada la cuenta con el becerro que rescaté río abajo.



El sueño que soy

Para Álvaro Mutis

Él sabe que él lo sueña, pero el que sueña no sabe que se sueña. Piensa que existe y que es real, pero no. Es un sueño del que es soñado por él. Y despierta, abre la puerta y de nuevo el sueño, con diferentes detalles que hacen parecer que él es el mismo que el del sueño anterior, pero distinto. O soñado. O real. ¿Quién sueña a quién? Un tercero se lo pregunta, mientras sueña que sueña que se sueña. Y otro más los sueña. Pasillo eterno en el sueño de los hombres, todos ellos como las mismas cuentas de un rosario, pensó mientras veía todas las cabezas calvas y juntas en su sueño cada vez desdoblado.



A quince metros

No sé de qué hablas. Te oigo decir esas cosas a otros y escucho de tu boca todas las suposiciones que, por un segundo, pudieron cambiar el rumbo. Supe que aquella mujer no dormía porque tenía ya mucho tiempo buscando al hombre 100% perfecto. Miraba en la calle, buscando; observaba en los cafés, esperanzada; analizaba el comportamiento de los hombres para elegir al correcto. Siempre buscaba al suyo, a su hombre: físicamente no era suficiente; por sus movimientos, tampoco. Ni por su voz, su forma de vestir, de moverse, de tomar un vaso entre los dedos. Pero un día que creyó lo había encontrado, se dio cuenta de que dormía del mismo lado de la cama que ella, y entonces vio que él no era el adecuado, y entonces una mañana desapareció, no volvió a ir a su departamento y él no pudo localizarla porque nunca daba su dirección o su número telefónico. Otro día creyó haberlo encontrado, le vio una mirada turbia y una mentira guardada en el puño, muy oculta, y un pantalón que no era de él, que no le quedaba; lo supo porque se revolvía en el sillón de aquella cafetería oscura y húmeda, estiraba la tela con sus manos temblorosas y secaba el sudor de entre los dedos en los pliegues del pantalón; sus ojos también eran oscuros, la humedad de su frente denotaba nerviosismo y falsedad. Ella se disculpó para ir al baño y salió del sitio. Obviamente, no volvió a ese lugar ni ese día ni los siguientes meses.

El colmo fue cuando observó delante de ella a un hombre escoger pan en una panadería que recién había abierto.

Estaba eligiendo el pan que a ella le gustaba y que siempre compraba cuando se le cruzaba una panadería pequeña y artesanal. El alba llegaba con el aroma de pan recién horneado y el café despedía humo desde la orilla de la taza que traía el hombre de saco gris y cabellos canos. Se dijo: es él. Con toda seguridad. Quiso dar unos pasos hacia él para acercarse un poco, y cuando él se dio la vuelta con bandeja en mano para dirigirse a la caja a pagar sus piezas de pan descubrió a su padre, al que no había visto veinte años atrás y apenas reconocía. Era él. Entonces se dio cuenta de que el hombre perfecto era su falta, el hombre que no existía y que nunca iba a encontrar porque no sabía cuál era el hombre 100% perfecto para ella. Era una mañana de abril, a sus treinta años cuando decidió escribirle a su padre una carta para despedirse de él. Se ocultó un poco, detrás de los anaqueles, hasta que él pagara y atravesara el umbral de la puerta para que no la viera al marcharse. Se sentó en una de las mesas pequeñas y dejó ahí la pieza de pan, junto a su taza de café. Escribió. Le dijo la verdad. La tinta rasgaba el papel con trazos difíciles de olvidar. Nadie sabía ese secreto, pero ahora se lo revelaba a su padre. Un sobre. ¿Qué dirección? No importaba. Salió de ahí. Atravesó la calle y caminó de oeste a este. Llevaba la carta en la mano. Parecía que no había dormido y que en ese sobre llevaba una señal que no llegaría a ninguna parte. Ella pensaba en la semana que había dedicado a encontrar a su hombre, que llevaba mucho tiempo sola y equivocándose. Ella pensaba en el tiempo inútil que desgastó buscando. Sintió el olor de las flores en la tienda que estaba a su costado, nunca nadie le regaló unas. Ahora combinarían unas rosas blancas con su suéter blanco. Miró de frente y a 15 metros de ella un hombre caminaba de este a oeste, venía hacia ella. Estrujó la carta que traía en sus manos, sintió el relieve de la estampilla en las yemas de sus dedos. Algo se le movió en el pecho. Las miradas cruzaron. Ella se dijo: ojalá

y este hombre me detuviera del brazo y me dijera: eres la mujer 100% perfecta para mí, vayamos a tomar unas copas a un hotel y este hombre pensara "tal vez acabemos en la cama". Pero supo de antemano que era ridículo, que no sucedería y se sintió estúpida, con pensamientos absurdos y desarticulados, con la falta a flor de piel, sin rosas y con un suéter blanco que la hacía verse más pálida. ¿Para qué hombre podría ser ella 100% perfecta si ella no había encontrado al hombre 100% perfecto? No tengo hombre. No soy perfecta para nadie. Ningún hombre puede salvarme ahora. Ningún hombre podrá salvarme de mi destino y mi destino me espera a tan solo unos minutos, sólo unos latidos más y todo acabará. Pasaron de largo. Ella pensó: pude acercarme y decirle: estoy buscando a mi hombre perfecto, tú podrías serlo porque vienes caminando en contra de mi camino y me miraste y nunca nadie me mira como tú me has mirado. Podría pensar esta mujer —porque yo no sé de qué hablas cuando piensas en que una historia entre ellos pudo ser— en tropezar con él, preguntarle la hora, su nombre, su café favorito. Seguro toma café como yo y pide el mismo pan, como yo, sin ser mi padre. Y ella quiere contarse la historia de que seguramente, antes de su accidente diez años atrás, conoció a este hombre. Pero duda. Duda un momento. Su corazón tiembla, pero duda. Pasa de largo.

Ella se pierde en la multitud. Camina a paso rápido y comienza a despedazar la carta mientras se la lleva a la boca para deglutirla. Va camino a su muerte en esa bella mañana de abril. Nadie lo sabe.

Por eso no sé de qué hablas. Esa es la historia triste, ¿sabes? Una historia triste, ¿no crees? Sí, eso es, eso es lo que tendrías que haber hecho: acercarte y salvarla. No era tu mujer perfecta. Eso creíste, pero no. Aquí sigo, a quince metros, esperando en el fondo del mar de Tokio. Y no llegas por mí.



Bosco, las cerezas y el mal

Atravesamos la noche, el plenilunio, el tiempo. Estábamos enfermas. Los bordes de la piel se agostaban, la palidez era absoluta; el viaje, vertiginoso. Transparentes, cerrábamos los ojos y esperábamos el fin; una, envuelta en pieles; la otra, en miradas felinas, presagiando el silencio en esos cuerpos mansos al tic tac de la ruptura del hueso, a la palabra carcomida. Allí estábamos, deambulando por las orillas de la casa, sin deseo, descubriéndonos trepar los muros, el techo; atravesamos el iris, el color ámbar, la nostalgia y el alba. Hasta que llegó el barrendero.

La noche en Londres, una igual a esta noche: las voces se van apagando en las tabernas, se escuchan ecos sordos que se extinguen; los portazos, lejanamente, en las calles, en las entradas de casas desoladas; los relojes van caminando al ritmo de los pasos de los borrachos, al ritmo de la enfermedad de la chica. Porque hay una chica que languidece sin conocer el nombre de su mal.

Nosotras pudimos librarnos de la enfermedad porque estábamos juntas, y con él. Envuelta en pieles una, como gata; la otra, como mujer envuelta en una piel lisa, suave, silenciosa como su garganta, pronosticando el futuro benévolo para las que, como egipcias, caminan por los abismos de los techos, de las bardas, de los árboles y del aire, emanando especies innombrables, fuertes, suaves, térreas y celestes. Este aroma es el abismo del aire que en nuestros cuerpos se derrama.

Ahí está la luna, clara; sabe lo que sucede cuando atrae. Pero aquella pequeña, postrada en una cama al aire libre, bajo el aire de Londres, se confunde y se enferma sin el barrendero, blanca, con dedos largos y sonrisa débil. Pero no tarda. Escuchamos sus pasos. Al apagarse las luces —cuando la ciudad duerme y la luna asoma su luz blanca— él sabe que los ojos de la chica se harán grandes con la ciudad negra y podrá entonces moverse, hacer ruido, llegar. Un hombre espera. El barrendero se posa en los segundos mientras ella los cuenta.

Nuestro mal era el mismo, con aves calientes que devoraban hasta la náusea nuestros cristales, cristales rompiéndose a media luz, relojes tañendo frágilmente y luego golpeando, con golpes en los puños, con miradas azucaradas y caídas interminables. Nuestro mal se medía por cuerpos, pieles y dentelladas. Nuestro mal. Bendito. Benditos los sueños, el insomnio y la negra nostalgia. Benditos nuestros nombres que se deslizaron en sus ojos azules, que cayeron en las manos del barrendero hermoso y se los metió en la boca. Nuestra propia dolencia, nuestro propio daño, nuestra herida atravesándonos desde el labio, desde la palabra vertida en el mal que éramos al pronunciarnos desde adentro. Los dedos quemando. El frío matando. Los brazos, las piernas, ardiendo. Y luego él, haciéndose sitio en el espacio de uno, en el sitio del espacio que conforma el tiempo. Claro está. Para sacarnos la noche, como hace ahora con ella. Pasamos de largo y no nos vio salvo unos segundos, con su mirada asombrada después de acariciar la imagen de los edificios y calles. Nosotras atravesamos su mirada, como a la noche, como al tiempo; atravesamos la mirada de la niña antes de que supiera el nombre de su mal. Bosco, la luna, el remedio. Nosotros tenemos su trato, el tratamiento, la treta, el triduo maravilloso que somos con nuestros males cura-

dos, y la luna, con su sonrisa blanca. Bosco metiéndose en la sábana blanca de pieles lacias, recorriendo suavemente la blancura del aire, de los sudorosos sueños. Bosco conoce el nombre, el remedio, la pausa. Bosco, de cuerpo hermoso, de manos largas y fuertes, rasgando las cuerdas del laúd que está dentro de los cuerpos que se desmayan adentro y afuera de los sueños boscosos. Bosco cambia rostros del blanco al rosado, de la melancólica muerte a la alegría pequeña e infinita. Bosco en nuestros cuerpos, avanzando, abriendo paso a distintas voces. Nuestro Bosco despierta ronroneos en el camino del silencio. Bosco, cada día de santos, poniendo cerezas en las mejillas del sol.



Disfraz

1

Yo era simple. Sin grandes colores, sin gran personalidad. Sin grandes conflictos, sin pretensiones ni fracasos. Pero, cuando pensé que menos importaba la vida, me llegó aquella experiencia difícil de superar, sobre todo por los acontecimientos presentes. Al parecer estaré encerrado por el resto de mis días. Hasta que un hilo se rompa.

Y es que fui a una fiesta, a casa de un tal señor Secco, era la última noche del carnaval. Por supuesto, era un lugar natural para mí, pero nunca el mejor lugar. En realidad, el mejor lugar para mí es una persona, preferiblemente que sea a mi medida. Pero nunca creí que me fuera a pasar algo similar. El sitio estaba abarrotado, era impresionante la cantidad de personas y de disfraces. Todos vestidos con un dominó blanco y un antifaz negro. Todos. Como yo.

¡Fue espantoso! ¿Entonces no soy único? Fue la pregunta que me taladraba. Todos bailaban, callados. Todos se reflejaban, nos reflejábamos en los espejos. No supe quién era yo, desde luego.

El que me portaba, el pobre, estaba peor que yo, lo supe porque me empapó con su sudor. Terrible. Pobre. Pero su ruina fue mi dicha, aunque no duró mucho, unos días tan sólo. Evidentemente, nuestros problemas eran los mismos, ambos no sabíamos quiénes éramos, y todo parecía un caos, la pérdida de nuestras identidades. Pero luego, algo

se precipitó en el fondo de su cuerpo que acabó en el piso. Un espejo inmenso entre nosotros y la gente, la fiesta toda reflejada allí sin desigualdad, sin nada que nos identificara como a nosotros, a él y a mí. Cuál era yo, quién era él. Todos de blanco y negro. Todos eran yo. Todos éramos nosotros. O éramos otro "él", cualquiera. Él cayó al suelo. Y fue mi gloria. Mi salvación. El encuentro conmigo mismo.

2

La primera sensación fue extraña. Estar totalmente despojado de todo me llevó a sentirme nuevo. Era la banqueta mi refugio. Alcé la vista y observé que el cielo estaba despejado, tenía un tono azulado fuerte y firme. Así me sentía, a pesar de no conservar forma alguna, como cuando ando lleno de persona, digámoslo así, entonces me lleno de sustancia, de movimiento, de tiempo, pero nada de eso es mío. Ahora soy yo, aunque no sé bien qué o quién soy. Pero al menos soy mi falta propia y no un vacío lleno de otros. Y no es que me molestara antes, pero no había experimentado esto de ser único en los otros y después ser un cualquiera dentro de cualquiera porque uno está lleno de lo que sea y hay otros iguales a uno que están llenos de lo mismo. Tal vez esto se escuche confuso, sólo si fueses un disfraz igual a mí o que te hubieras encontrado en similar situación, entenderías, o tal vez, aún así, sin experiencia previa, signifique algo para ti. Porque tal vez aquél que me llevaba por fuera vivió sus cosas también. Yo estuve largamente en esa banqueta, tirado. Y súbitamente supe lo que era ser portado, pero teniendo idea de quién soy yo. O qué no soy. Porque después de haber vivido esa nulidad de existencia, junto a tantos otros, supe lo que era entrar en un cuerpo siendo nada y todo. Yo

estaba sobre la banqueta. Miraba el cielo. Miraba mi falta de forma. Mi falta. Me gustaba mi falta. Era mía, era yo. Y eso me hizo saber la falta de los otros y sus formas corpóreas sin borrarne.

Un rebanador de papas. Un abrelatas. Todo me recordaba a esa cosa que se me acrecentaba en el pecho cuando iba cambiando de color. Ahora no puedo comprender bien lo que las palabras significan, que tanto puede salvarnos el hecho de que nos convoquen por nuestro nombre.

Un señor ya entrado en edad me miró de soslayo. Lo vi desde el bolsillo donde estaba mi cara. Dio vueltas alrededor mío. Vi sus zapatos deshechos, con apenas una suela. Hacía sombra sobre mí y me encandilaba conforme movía su cuerpo lentamente y hacía aparecer y desaparecer la luz solar. Se detuvo por fin y se inclinó hacia mí para agarrarme. Apeataba. Tenía un cuerpo débil y flojo. Su maquinaria sonaba descompuesta. Su respiración era entrecortada. Avanzamos por la ciudad. Ah, una ciudad mía, toda ella, capaz de brindarme todo cuanto no tengo. Llegamos, después de pasar cerca de alcantarillas con vapores, gente transitando rápidamente y ruidos de autos desesperados, a un espacio más despejado y solitario, más oscuro. Nos detuvimos. Había una entrada muy delgada por donde pasamos de lado y buscó un rincón. La tarde caía sobre los hombres y el silencio nos rodeaba. Se acostó y se envolvió conmigo. Ahora era yo, más que un disfraz, un protector del aire, una capa más de piel, un abrigo.

Los quejidos de varios ahí tendidos lograban entre todos una sinfonía preciosista, con figuras blancas y esperas brillantes, con pétalos sedosos envolviendo lenguas calcinadas. Pero qué digo. Las palabras me dejan. Pero había quejidos y voces. Ninguno me llamaba. El hombre que estaba debajo roncaba anchamente y bufaba como ballena acomodada en su sueño marino. Temblaba un poco. La mú-

sica temblaba. La música hecha por los hombres tendidos. Era hermoso.

No tenía ya a qué escapar como aquella noche en casa del señor Secco. Oh, no. De ninguna manera. Mi vida era. Era vida. La vida que me tocaba vivir siendo lo que era y no siéndolo, pero sin dejar de ser yo, o esto que no soy pero es mío. No era yo este anciano, sólo lo acompañaba en su soledad aterradora. Pero era su soledad y su cuerpo, yo sólo estaba recostado sobre él. Avanzó la noche y yo cambié de espacio. Y no era un sueño. O tal vez sí. Abrí los ojos a la noche y el frío entraba por los hilos de mi cuerpo. El hombre se movía, temblaba; sus ojos eran dos aves recién nacidas cubiertas de piel. Qué sueños o pesadillas habitaban el cuerpo de este hombre. No era un sueño. Estaba libre de los otros, libre de lo que yo creí que era antes de no ser nada o nadie. Él parecía olvidado de sí mismo, y dejó de temblar. Perdió su nombre.

No sé cuánto tiempo estuve así y con ese hombre. Semanas, tal vez, no lo sé a ciencia cierta porque el tiempo no existía. Siempre en un lugar oscuro, que reafirmaba mi sensación de no ser contenido y de que era capaz de colmarme solo. Extraño. Ese hombre se quedó ahí durante días, y yo con él. Luego, cambié de espacio y cambié de tiempo, y de olor. La luz era cegadora. De alguna manera había cambiado de manos y ahora estaba en un campo verde y extenso. Se parecía a mí —guardando las proporciones: era amplio, sin límites, sin muros ni sustancia dentro. Una superficie llana y simple. Eso era yo. Yo era simple. Yo era. Antes sobre alguien que soñaba dormido, ahora debajo de alguien que soñaba. Alguien se sentaba sobre mí y había encontrado en mi bolsillo la máscara negra, mi rostro. Él se la ponía y ella, sobre sus rodillas, tocándome con su piel y sus huesos afilados, se acercaba a su rostro. Lo miraba. Ah, qué delicia ser amado. Sus labios eran gruesos y suaves, presionados

contra mí se volvían terciopelo. Y quise ser labios, piel, tocar a otro, y supe que no sería yo sino esos otros labios y ese otro cuerpo. Pero lo sentí. Ellos dos se aman, todavía.

Ahí me quedé. Todavía extendido, pero en una sensación que iba más allá de mi superficie.

Ahora estoy atrapado en el tiempo y me esfuerzo en regresar a ese momento como pude hacerlo en varias ocasiones —girar sobre mí, sobre el otro, sobre la nada y vivir sin los minutos que giran: yo giraba en los minutos—. Me quedé sobre el pasto verde y húmedo no sé cuánto tiempo, todo el tiempo. Esa era la sensación, yo era el campo entero, el mismo tiempo. Luego una mano sedosa me tomó entre sus dedos. Me dobló delicadamente y me llevó consigo. En realidad, desde aquí pudo cambiar la historia y pudo ser el inicio. Es decir, esas manos delicadas pudieron ser las del señor Secco sacándome del cuerpo de ese hombre atosigado por su propia ausencia y llevándome fuera de su casa, o alguien más, en otro momento como éste que narro ahora en el que la mujer me levanta de allí y me lleva. La cosa es que el tiempo es relativo. Sé que en algunos momentos perdí la noción de mi sustancia o de mi existencia y que estuve en manos de un anciano; en manos de una gran tina de burbujas que ahora lavan sin astas; en posesión de una historia innumerable en la que iba yo persiguiendo todas las sensaciones posibles a través de otros cuerpos; en la orilla del alma; en la rivera de una urbe aparentemente desamparada, pero con un sinfín de movimientos orgánicos y dulcemente contaminados a los que no tenía acceso por faltarme una forma, un cuerpo que me habitara. Ahora yo existía tal como debía existir, sin ser otro, sin ser más que mi falta de cuerpo. Y esa era mi personalidad cambiante: unas veces arrugado, otras veces extendido, sucio, aromático. Cada instante, tras las ventanas, en medio del ruido, sobre los cuerpos de los otros, con la forma de la nada

y de todo, cada instante, tras las pieles ajenas que se volvían mías sin ser esas pieles, me reconocía. Y conocí las banquetas de la ciudad, los recovecos de los hombres que encuentran casa en la oscuridad, la noche solitaria, las alcantarillas, los pasos indiferentes y apresurados de las mujeres con tacones tan altos como mi devoción por la memoria interminable, los valles inacabados, los campos extensos y llenos de superficies verdes que reflejan la amplitud de los cielos y de los corazones que se besan desde la boca ese paraíso.

No sé qué fue primero, si las manos del señor Secco salvándome aquella noche última de carnaval o las manos suaves de la mujer recogíendome del césped fresco y centelleante que unos momentos antes me había besado con el hombre que traía mi máscara puesta, esta parte de mí que es la que mejor se adapta al mundo de los otros. El señor Secco o la mujer de los labios tibios. No sé qué fue primero y si algo de esto fue un sueño o si sigo en una extraña pesadilla que va a caer en un círculo extremo y en la que la física cuántica pierde toda proporción. Me perdí. Me perdí en unos instantes tan sólo. Pero todavía no lo sabía. Yo ya estaba en la antesala del infierno:

3

Y de pronto me encuentro aquí, atrapado de nuevo en un cuerpo. Y peor aún, en el mismo cuerpo que me había liberado al zafarse de mí. Seguramente caí en las manos del hombre al que había besado aquella mujer en plenos jardines de la universidad. O de alguna manera fui a dar al caserón del Municipio, donde está el despacho del Registro Civil, que es donde trabaja este hombre. Con toda seguridad aquí será mi residencia, pensé una vez que él me lanzó

a un sitio lleno de seres faltos de *complitud* o llenos de vacío. Creí que era una fiesta. Pero la desgracia fue casi como la que inició todo esto. Él vino directamente de los porches. Llegó al despacho donde nos guardan y dijo mi nombre. ¡Mi nombre! Pero si todo iba bien, sin que nadie mencionara mi nombre, yo no tenía nombre, lo había perdido y de esa forma me había encontrado informe y con un nombre inefable. Pero este hombre dijo las palabras: mi do—mi—nó. “Mi”. “Su vestido blanco”, tuve la esperanza de que no me reconociera por la suciedad que hubiera podido recoger de mi viaje, pero alguien le dijo que un muchacho me metió en su bolsillo y salió de allí. Apenas llegó a su casa metió su cuerpo en mí y se puso la máscara. Lo que vi frente al espejo no fue lo que sentí en aquellos hermosos labios que sólo hacían que el deseo vibrara, un deseo blanco, como mi tela blanca, como mi sueño y mi piel; lo que vi frente al espejo fue horrible, mi sentencia: un hombre brincando de alegría, sintiéndose dentro de mí, con mi rostro en su rostro recibiendo su forma, creyó que él era yo, que había vuelto. Me usó para retenerse, para tenerse y no volver a perder su nombre: mi dominó. Usurpó mi hueco y lo llenó con su miedo de soltarse para conseguir un vacío más honesto. Siempre está en mí, me tiene atrapado, pero no soy su cuerpo. Siempre está aquí, obligándome a rodearlo, contenerlo. Y había conocido la simplicidad. Yo era simple. Parece que aquí me quedaré, encerrado por fuera de estos barrotes de piel, lo que quede de tiempo. Vuelvo al tiempo y mi superficie no se desgasta tan rápidamente como quisiera. No pierdo el hilo. Y este hombre no se desnuda ni un momento, vive protegido, encerrado en su casa, disfrazado de algo que se parece a lo que él cree que es. Y yo había dejado de ser un maldito disfraz. Un disfraz.



El té más estúpido

Está sentado. Su costado está un poco entumido. La pared lisa y curva que lo detiene es tibia y acuosa. No es la tetera, como todos piensan, es el espacio. Y la luz. Nada entiende de sonidos, parecen alargados, picosos, derruidos. No le importan. Aguarda. La reina no quiere saber de él, pero está, es. No tarda en despertar.



¿No oye ese silbido?

No puedo recordar bien a bien qué fue lo que ocurrió, ya se lo dije. Puedo comenzar con mi padre. Mi padre era un científico militar, era un hombre enérgico y valeroso, pero yo no lo conocí de esa forma. Cuando yo tenía siete años mi padre estaba postrado en la cama, delgadísimo, ojeroso, débil. Y es que había decidido poner a prueba sus teorías. Era un buen hombre, pero siempre la ciencia estuvo primero. Mi madre le llevaba caldos para alimentarlo con algo —no quería comer—, pero en las últimas semanas se negaba a comer incluso eso. Una noche salió de la casa y no volvió a entrar jamás. Se metió a un agujero de 20 metros de profundidad, sin agua ni comida. Era un enorme pozo. Las piedras no eran tan generosas como para darle un camino de subida, él ya no podría salir de allí, lo sabía, y sin embargo, quiso meterse a esas profundidades —también a las de la mente— para ver hasta qué punto podría vencer el cerebro al cuerpo. Y sí. El cerebro fue el victorioso. Su cuerpo comenzó a buscar comida con desesperación; al no encontrar nada, se desactivó y bajó todos sus reflejos y signos vitales. Pero luego, al no encontrar forma de alimentarse, el cerebro reaccionó y ordenó algo terrible: que el cuerpo se alimentara de sí mismo para que él, el cerebro, siguiera con vida, pensante. Todo esto me lo ha contado mi madre, por eso lo sé; cuando lograron sacarlo de allí junto con su diario, mi madre decidió cuidarlo aun con su fragmentación. Porque, efectivamente, mi padre se había quedado sin cuerpo

y solo subsistía de él su cabeza malgastada que lograba comunicar sus ideas abriendo y cerrando los ojos, o lo que le quedaba de ellos; con algunos gestos o sonidos guturales y nada más. Nadie se dio cuenta de su parcial presencia, pero mi madre alcanzó a escuchar un gemido levísimo que provenía de su voz quebrada y débil, así que lo tomó entre sus manos con cuidado y se lo llevó ocultándolo al cuerpo de rescate. Así que tampoco la policía encontró cuerpo alguno y dieron por desaparecido a mi padre.

Pero mi padre estaba vivo. Era un cerebro, una cabeza sin cuerpo. Tal vez él supo que cabía la posibilidad de que se viera reducido a eso. Lo sorprendente es que él lo había decidido así, estaba seguro de las consecuencias o, al menos, las intuía según sus estudios y pronósticos. Entiendo. Entiendo que la ciencia fuera su pasión y que hubiera conseguido algo, aunque fuera algo nada demostrable porque mi madre no quería que lo vieran en esas condiciones, temía que terminaran con su existencia al hacerle más estudios y exámenes. Entiendo a mi padre, y a mi madre. Pero no por eso dejaba de ser espantoso tener por padre a una masa laberíntica y grisácea que asomaba por algunas partes del cráneo que se habían salvado del festín de su propio cuerpo para seguir pensando durante algún tiempo, hasta agotarse y autocomerse por completo. El pensamiento de mi padre. Eso lo entiendo. También sé, por el diario de mi padre y lo que mi madre me dijo, que el cerebro es el que manda. Mi marido no pensaba así. Él no era científico, no era pronosticador ni experimentador ni mucho menos. Era simplemente un hombre de negocios, de ventas, de palabra e intuición. No sé por qué no le llegó ninguna corazonada para evitar la catástrofe; su hipocondría le ganó. Así que conozco dos victorias: la del cerebro de mi padre y el triunfo de la mente de mi esposo, aunque enferma, claro; si

hubiera ganado la sensatez que pudo haber en su mente, mi marido estaría en este momento a mi lado y usted no existiría en mi vida y nunca lo hubiera conocido. Se lo digo, él es el que estaba loco, no yo —al menos, eso parecía. No necesito pastillas ni tratamientos de ningún tipo. Sólo necesito ir a casa y encontrarme de vuelta con él, sólo que no podrá suceder ya. Y eso es lo que me entristece al grado de parecer que me embargó la locura. No, no desapareció, ya se lo dije. Es que nadie puede entender esto porque no tuvo como padre a un científico militar que vivió sus últimas horas como un pedazo de masa encefálica. Yo así me lo explico, sólo así puedo saber que esa medusa era mi marido.

Sí, la casa estaba abierta, nunca le ponemos cerrojo. Me había ido a la Cruz Roja, soy voluntaria; hay gente enferma que necesita ayuda, pero nunca me di cuenta de que la enfermedad gobernaba mi casa y que ahí es donde más hacía falta, pero no tanto, en realidad él tenía razón en preocuparse, pero de pronto no se me ocurrió que fuera tan grave o que fuera real. Ahora lo entiendo, aunque entiendo poco de moléculas, pero entiendo un poco de todo esto, y quiero que encuentren al señor de la flauta para que me regrese mi vida.

Sí. Regresaba de la Cruz Roja, ya se lo dije, y la puerta estaba abierta —nunca ponemos cerrojo—; no, no fue secuestro. Cuántas veces tendré que explicar esto. Él había ido con un doctor, con el doctor Burleigh, pero él le dijo a mi marido: “Señor Harris, usted solamente debe dejar de fumar e incrementar su consumo de proteína”. Y como es un hombre dedicado, se puso a estudiar sus huesos, sólo después de haber ido con el segundo doctor, el doctor M algo. Mi marido no es un estudioso de la anatomía ni es científico ni doctor ni militar. Simplemente es un hombre hipochondriaco con miedo a ser poseído por su esqueleto. Por

qué me mira de esa forma. ¿Usted no ha visto lenguas redondas como un tubo largo y *siseante*? Yo vi que ese hombre de la flauta metía su lengua de forma extraña al instrumento. Y silbaba. Estoy segura que era un hueso, ahora ato cabos y resulta muy lógico. Era un hueso. No. No me mire así y deje de anotar en su cuaderno, a mí no me diagnostique. En dado caso debían encerrar a ese loco que anda por allí chupando partes óseas y volviéndolas flautas.

Mi segundo recuerdo es muy vago, pero por alguna razón relacioné todo de esta manera: Estaba yo en la playa, solíamos ir mi madre y yo, cuando era niña y mi padre ya no estaba con nosotros como solía estarlo, usted me entiende, con la forma normal. Una medusa a la que había pisado sin darme cuenta me hizo gritar de espanto. Pensé: “seguramente pisé a mi padre”. Estuve mucho tiempo sin poder dormir, con pesadillas, y muy triste. Sobre todo cuando regresamos y nos dimos cuenta de que mi padre había desaparecido. Nunca más lo volvimos a ver. Mi madre no sabía ni cómo reportar su desaparición si él sólo era un cerebro que pensaba y se comunicaba a través de sus ojos. Me pregunto si tuvo algo que ver el hombre de la flauta también con eso que le sucedió a mi padre.

Ahora pienso en mi esposo. Pobre esposo mío. Nadie puede saberlo, pero yo lo escondí porque no quería que terminaran con él. Ahora entiendo el pensamiento de mi madre cuando no quiso dar parte a la policía del asunto de su propio marido y su fragmentación; de todos modos él era un entero. Pero es que, por favor, entiéndame, antes de mostrar a Harris necesito encontrar al hombre de la flauta para que me regrese los huesos de mi esposo —lo que alcance yo a salvar—, tal vez pueda hacerse algo, resolver esto, tal vez pueda reconstruir alguien su cuerpo, existe alta tecnología en materia de medicina. El hueso se regenera.

Tengo que encontrarme a alguien que me crea y me ayude. Sigue mirándome así. ¿Ve lo que le digo? Usted, al parecer no me cree, es obvio, sigue apuntando cosas con su maldita pluma, y no importa si no me cree, de todos modos no está capacitado para resolver este caso. Necesito buscar a alguien que sí pueda, o que conozca a este doctor. No puede dejarme encerrada aquí. No tiene mi consentimiento. Tampoco voy a tomar nada, no me obligue a aventar sus pastillitas horribles. Yo no estoy loca ni enferma, no necesito quedarme en este lugar, sólo tengo que salir y detener a cualquier hombre de estatura baja que silbe de forma siniestra y tenga una flauta blanca y porosa en sus manos, para comenzar a descartar. Mi esposo tiene poco tiempo. Por favor. Antes de que acabe siendo un cerebelo. Déjeme salir para buscar a ese hombre. No quiero volver a perder a mi padre. No quiero perder más esqueletos. Por favor, necesito esa flauta. Necesito a mi marido antes de que yo desaparezca en este lugar. ¿Pues que no oye ese sonido allá afuera? ¿No oye ese silbido?



La mujer de ojos amarillos

Soñé con una mujer, Bart, y la mujer tenía un hombre y le decía a su hombre que había soñado conmigo y el hombre le decía que mi nombre era un nombre estúpido. Ylla, le decía él a ella, cómo va a existir un hombre de cabellos negros, ojos azules y que además sea gigante. Bart, Ylla me espera, dijo Nath.

Bart se sorprendía, “pero hasta nombre les pones a tus alucinaciones, mi querido amigo. Pues bueno, ya estando en el espacio, en la nada, donde el tiempo no existe, donde los planetas son juguetes de un niño innombrable que los hace girar con sus pensamientos, ya estando acá, cómo no ayudarte con la mujer de tus sueños, la traeremos de regreso, con nosotros, y me hacen su padrino de bodas”. Sonrió con tristeza. “Sería maravilloso que de verdad existieran seres vivos allá, con inteligencia, con una sociedad bien conformada; nadie nos creería si no nos trajéramos a tu mujer. Ja, ya le digo tu mujer. Me estás pegando tu locura”. Nathaniel callaba. Sonreía también con tristeza. Le sonreía a Bart pero atravesaba su rostro y miraba al infinito que traspasaba también la piel de la nave. Escuchaba en sus recuerdos la voz de ella cantando una canción en el idioma de él. ¿Y el idioma de ella? Tal vez no era tan evolucionado como para poder hablar el idioma de ella, pero podía entenderlo, de eso estaba seguro porque escuchó la conversación de Ylla con él, con el hombre celoso e incrédulo. Brinda por mí con tus ojos. *Or leave a kiss within the cup.* Escuchaba la voz de

ella, melodiosa, con esas palabras suyas entre labios. Ylla lo esperaba. Y él sabía, porque ya lo había soñado, que el señor K lo encontraría en el valle Verde con un arma extraña, oculto en su máscara inexpresiva. Podría sortear el impulso de él y salir librado para ir al encuentro de ella, si tan sólo pudiera tocarla. Desde la nave se veían los relieves del planeta rojo, abruptos, álgidos, voluptuosos, y luego fragmentos de llanos enormes, como el desierto. El desierto. La nave se acercaba al suelo que pisarían, al sueño de tocar un sitio jamás tocado. ¿Y si Nathaniel tiene razón, si Nath ha visto algo que existe? La misión es simple: tocar suelo, registrar con imágenes el lugar, muestras de todo, regresar. Bart, el segundo de a bordo, asistía a Nath para llegar por fin a tocar piso. O a tocar fondo. ¿Sabes, Bart? Ylla me permitió besarla.

Caminaban con el manto de tierra bajo sus pies, una arena cálida. Pasaba el tiempo y seguían caminando. Ambos llevaban el corazón en las manos, latía frente a sus ojos, temblaban. Marte. Bart tomaba fotografías, Nath miraba a todos los sitios a los que sus ojos alcanzaba, esperaba. No esperaba a Ylla, esperaba al señor K con su arma extraña. Nada sucedió durante los siguientes minutos. Iban en silencio los dos, Bart y Nathaniel, caminando, ayudados por el oxígeno extra que llevaban en sus costados. Nath escuchó en su pecho una puerta triangular cerrarse de golpe, y unos pasos precipitados; unas manos delgadas deslizarse por unas columnas de cristal, una mirada encajada en el umbral de una casa. Nath escuchó su muerte. Se preguntaba si Ylla había escuchado la nave, si la había visto llegar como una flecha metálica y plateada, veloz, hacia su tierra. Debía estar cerca porque podía escuchar su agitada respiración.

Nathaniel estaba tan distraído con sus pensamientos que no escuchó la primer detonación. A lo lejos vio a su ami-

go Bart tendido en el suelo, inmóvil. Corrió hacia él. Apenas pudo decirle: quise impedirlo, tienes razón, ella está cerca de aquí, ella camina desesperada por habitaciones ahora está sentada en un cuarto oscuro, ella te espera. Te está esperando, amigo. Ve por ella. A mí me queda poco tiempo. Un tiempo rojo. Ve por ella. Ve.

Nathaniel está en el suelo también, después de varios disparos no se dio cuenta en qué momento había caído.

Una mujer los observaba. No era Ylla. Pao se aferraba al brazo del señor K que tenía un tubo largo y amarillento en sus manos, que terminaba en un gatillo y unos fuelles. Era una máscara de plata, ocultaba su corazón, no escuchaba sus latidos. Pao abría los ojos crispados, mientras el arma cambiaba de color y los fuelles zumbaban como insectos. El cuerpo de Bart estaba atolondrado y débil. Nathaniel sentía agujijones clavados por toda su piel, ardía. En el suelo había semillas de arena regadas por todos lados.

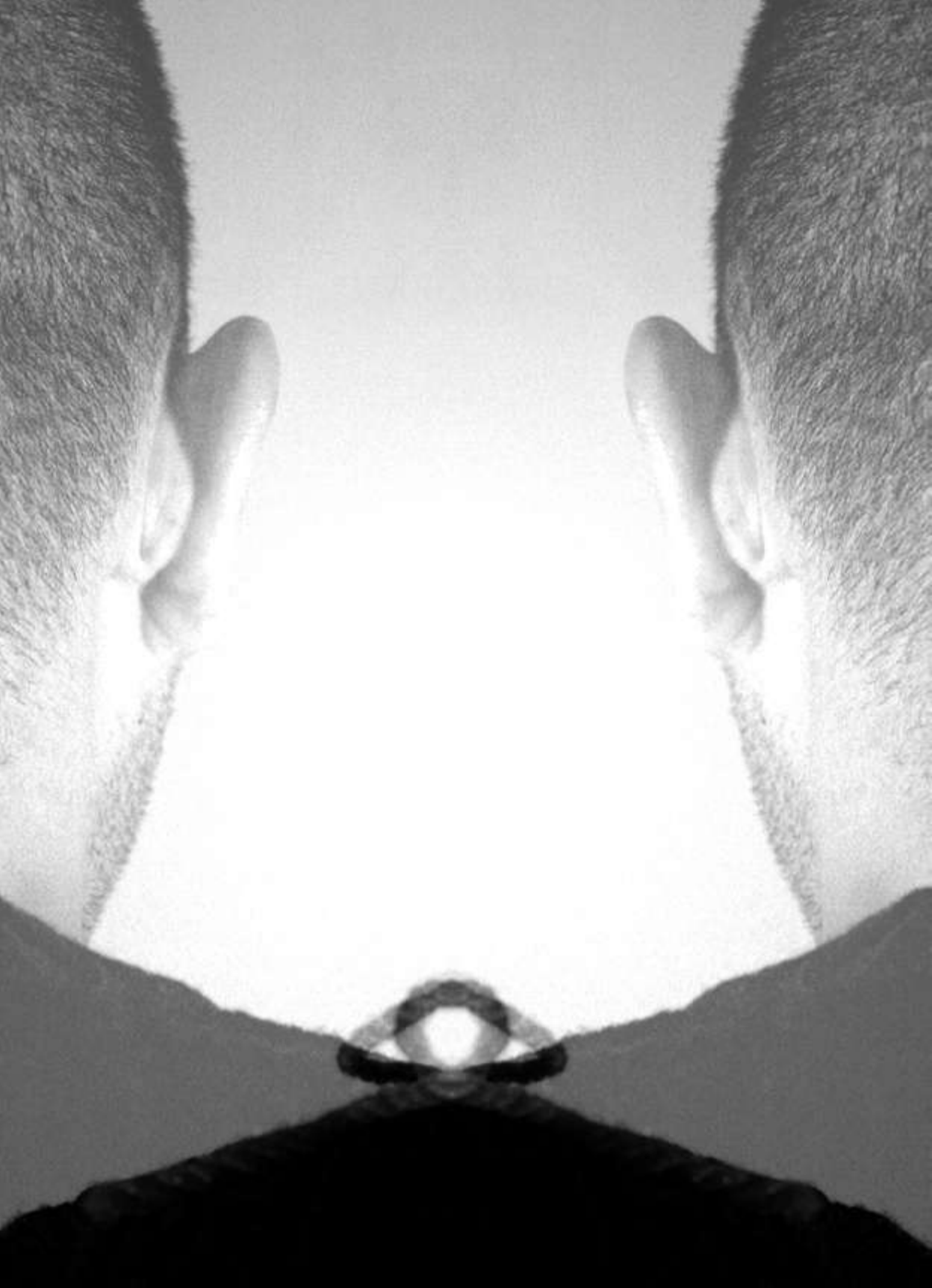
Ella decía la verdad. Ojos azules. Increíble. Cállate, Pao, y no vuelvas a mencionar nada, ella no debe saber nada de esto. Corre a tu casa y no vengas a visitarnos en un buen tiempo. Ella se dio la vuelta y corrió. Él la miró intensamente y después de dudarlo un poco, alzó rápidamente el arma y cerró los ojos. Había ya tres cuerpos tendidos y un hombre llorando, caminando hacia el horizonte.

Nathaniel agarraba el brazo de su amigo Bart. Bart sólo dijo: a mí me gustaba Pao. Nathaniel supo que eran las últimas palabras de Bart. Después de un largo rato, que parecía infinito, Nath dejó de escuchar la respiración de su amigo. Ylla lloraba, él lo sabía con toda certeza. Un llanto se escuchaba a lo lejos, en su mente, mientras él sentía sus últimos latidos apagarse. Antes de cerrar los ojos observó el cielo brillante. Quiso decir: No llores, Ylla, no llores, hermosa. Pero ya no pudo.



Mamá botón

Este hermoso botón creyó estar en la realidad. Pero se miró en el espejo y observó a través de sus orificios que Celia lo miraba. Aunque Celia lo dio a luz, no creía que él era su hijo. El botón dejó de reflejarse en el espejo. Celia desapareció con su sueño del botón. Yo sigo pensando acerca de mi abuela Celia ¿Dónde estoy? Ya no me veo.



He tenido que disimular

Su mano era firme, perseverante. Me extendió el hilo rojo que me había quitado del hombro hacía unos segundos antes. Le extendí mi mano abierta con una sonrisa. Su mano estaba extendida, amplia. Le tomé rápidamente el hilo rojo. Tuve que sacarle plática, ser amable, disimular. Lo tengo que llevar conmigo a donde vaya si es de día. No puede estar solo, se deprime. Por las noches puede dormir en una superficie plana y fría, sólo si ya dormido lo cambio de lugar —para no matarlo apachurrándolo—, pero durante el día, si no tiene un lugar tibio y alto, se mata. Alguien más, como esta vez, me hizo ver que lo traía sobre mi chaqueta. Y he tenido que llevarlo en el hombro desde que me cayó del cielo justo allí, y lo digo literalmente: cayó del cielo porque había tratado de suicidarse tirándose de un árbol.



El buen hombre que vino

Robert Goodwin. Así se llama mi nieto. Alguna vez nos tomaron una foto, él me rodeaba con su brazo. Pero no puedo mostrársela porque él la tiene en su cartera y no me gusta meterme en sus cosas. Es un buen muchacho. No sé dónde está ahora. Aquí en Boerum Hill se vive bien, sé que me tengo que ir. Pero se vive bien, oiga usted. Y siempre suceden milagros. Como aquel día. Vino mi nieto Robert a saludarme una navidad, pero no era él. Cómo decírselo para que no parezca una locura. La cosa es que vino a verme sin ser él.

—¿Eres tú, Robert? —le pregunto. Y no era él—. Sabía que vendrías, Robert —le digo sabiendo que no es él—. Sabía que no te olvidarías de tu abuela Ethel en Navidad.

Cómo no saberlo si no veo. Exactamente. Cuando uno no ve, uno ve de otra forma. Y yo vi que no era él.

Tomamos Chianti —unas botellas que tenía guardadas—, él trajo algo para cenar. Era Navidad. Me quedé dormida, después de la cena y de habernos sentado en la salita que está aquí junto. Parecía verdad. Era mi Robert. Así quise creerlo. Sería la última Navidad en esta casa. Sé que me tengo que ir. Desde ese día lo supe. Pero él, este hombre que era casi mi nieto, fregaba los platos mientras yo me quedaba dormida. Él se fue. Ese hombre y mi nieto Robert se fue también. Se fue desde antes de que viniera a cenar esa noche o que yo creí que había venido a verme. Se fue y lo supe como supe que no vino a cenar aquel día. Ahora sé que me tengo que ir.

Robert Goodwin. Así se llama mi nieto. Si alguna vez llega a esta casa, no le diga nada. No le diga nada a nadie sobre mí. Nos tomaron una foto, si usted quiere verlo, puede abrir su cartera que está sobre la mesa. Ahí me la dejó Robert cuando vino y no era Robert. Es que, ¿sabe?, la Navidad hace milagros y vino a visitarme un hombre que no era Robert. Trajo su cartera. Mi nieto seguía en sus malas rachas. Aunque es un buen muchacho, pero a veces se desespera porque quiere tener dinero y no trabaja. No sé dónde está ahora. Aquí en Boerum Hill nadie sabe de él. Supongo que saben pero nada me dicen. Yo sé dónde está. Pero no importa. Para lo que me queda de tiempo, no puedo ni dejarle esta casa pagada, me la he pasado pagando las fianzas para que él esté aquí. Pero ahora tendré que pagar la fianza, la última fianza, con venta de la casa porque ya no tengo otra forma de hacerlo. Es que es un buen muchacho, merece otra oportunidad. No le diga a dónde me fui. Yo no se lo diré tampoco. Pero esta casa ya no es suya. Ni mía. Es más suya porque con ella podrá salir de nuevo. Aunque ya no podré verlo una vez más. La última vez fue la Navidad que acaba de pasar. Oh, mi Robert, qué buen hombre el que vino a verme.



A mí no me gustan los perros

¿No tiene dinero o algo para darme? ¿Ni un peso siquiera? Yo tengo historia. Allá en el terreno me encontré a una ruca. Los perros se la estaban comiendo. Eran como diez. Yo los espanté, pero la ruca ya estaba bien comida. A mí no me gustan los perros. Estaba sin moverse ni hablar ya. Jalé a la ruca de los pelos y la arrastré hasta el barranco. Ahí la aventé. Ni modo de enterrarla. Pos cómo. Yo traía una rama bien picuda —así de picuda— para que no me hicieran nada los perros. Y me enterré en la paja. Ahí me quedé bien a gusto, sin frío. Ahí ni frío, ¡nombre!, ni frío, nada de frío. Por eso no me gustan los perros, porque se comen a las mujeres. Yo soy dios, ¿verdad? Sí, soy dios. También los soldados matan. “¿Qué haces en el cerro? Eres narcotraficante” y ¡pam!, ¡pam! Matan personas inocentes. Imagínese cómo me vería yo con un rifle... Como Rambo. Así, ¡paz! ¡paz! Ji ji. Dinero pa usted, dinero pa’ el perro, dinero pa’ mí y pa’ aquél que está arriba. Aunque los perros no necesitan dinero. ¿Usted sabe por qué no necesitan dinero los perros? No tienen manos, para qué podrían necesitarlo. Cuándo ha visto a un perro llegar a la tienda “¿me da un kilo de arroz para llevárselo a mi amá?”. Nunca. A mí no me gustan los perros, prometí no volverlos a querer.

El pequeño hombre de ojitos enrojecidos y cabello largo y tieso se fue alejando despacito con una expresión sonriente, alzando los hombros, y el dedo gordo. El perro de arriba ladraba. Él ni lo miró, sólo siguió su camino, a brinquitos.



Atractores extraños

Ellos se vieron por primera vez en aquel bar. Sus ojos abrieron ese agujero negro y en el corazón de la mujer cayó una piedra que, antes de llegar al fondo, quedó suspendida. ¿Retumbaba la música en su pecho o algo se movía estrepitosamente emoción adentro? Los labios de ambos se abrieron y dejaron salir palabras con alas, brillantes. Aun atiborrado de gente aquel lugar, parecían estar solos, y hablaban. Él rozó apenas la espalda de ella con la punta de sus dedos y entonces supo que debían irse a casa. Se fueron. Mientras él repasaba con su mirada el librero y hablaba de Popper o de Lacan, ella sentía que esa casa había esperado por él. Esa casa y sus brazos, su boca. Por fin un hogar construido entre dos; un hogar, no unos muros. Lo tomó de la mano y lo llevó a su habitación. Tres días tocaron el tiempo; hurgaron pieles durmiendo enredados de tarde; conocieron sus cuerpos y sus almas de noche con golosinas de la boca del otro; sorprendiéndose del azar, del caos, de la atracción inevitable; arrugan el agua, las fronteras, el universo. Ambos se esperaban. Era la piel exacta, los sueños justos, la articulación adecuada. Él era familiar y extranjero, era hermoso. La negrura lo convertía en alguien más transparente. Ella lo traspasaba; él se le entregó por entero. Este era el aire de ambos. Esta era la vida. Este era un hombre para la mujer que lo miraba y esta era una mujer que estrenaba su primer latido: la voz de él, su silencio, su sonrisa. Ella era un sol; él, su agujero negro. Se terminaron los cigarrillos. Se vistieron y

abrieron la puerta para caminar hacia la tienda más próxima. Soltaron las manos del otro, azorados. Miraban girando sus cabezas y caminando despacio: Toda la ciudad era distinta: los carros, la ropa, el aire, las casas. En la tienda buscaron el diario, sólo reconocieron uno, tenía una fecha 17 años después. Callaban desconcertados. Cuando regresaron, él metió su llave en el cerrojo de la puerta, abrió la casa que estaba justo en el lugar del que habían salido hacía unos minutos. No era la misma, aunque ella, su mujer, la viera igual. No era su casa. Miró largamente a la mujer. No la reconoció. La piedra que habitaba el corazón de la mujer tocó fondo, se escuchó el eco del golpe. La de él, se hizo trizas en silencio. Esa no es mi casa. Esa no es mi mujer. Giró sobre sus talones y se marchó.

A manera de epílogo

Detrás del espejo

Detrás del espejo hay muchos rostros, tiempos, palabras y cuentos. Las personas que me rodearon todavía están como soporte y reflejo; los cuentos enlistados aquí como referencias literarias habitan en el corazón de estas historias publicadas, como los autores en cada lector.

Extracto del espejo tiene varios reflejos

En orden de aparición: *Casa tomada* de Julio Cortázar, *El gato negro* de Edgar Allan Poe, *Los jardines secretos de Mogador* de Alberto Ruiz Sánchez, *Mirada* de Rubem Fonseca, *Justo antes de la guerra con los esquimales* de J. D. Salinger, *Función de medianoche* de Ignacio Betancourt, *Embargo* de José Saramago, *Lunes o martes* de Virginia Wolf, *Un caso complicado* de Clarice Lispector, *El almohadón de plumas* de Horacio Quiroga, *Cuento azul* de Marguerite Yourcenar, *Eveline* de James Joyce, *Mujima* de Yakumo Koisumi, *La mancha indeleble* de Juan Bosch, *El mar cambia* de Ernest Hemingway, *La ladrona del sueño* de Rabindranath Tagore, *El fantasma mordido* de P'ou Song-Ling, *Es que somos muy pobres* de Juan Rulfo, *Sueño del fraile* de Álvaro Mutis, *Sobre encontrarse a la chica 100% perfecta una bella mañana de abril* de Haruki Murakami, *Remedio para melancólicos* de Ray Bradbury, *El hombre que se ha perdido a sí mismo* de Giovanni Papini, *Alicia en el país de las*

maravillas de bla, *Esqueleto* de Ray Bradbury, *Ylla* de Ray Bradbury, *Descendencia* de Ángel Guache, *Soledad* de Pedro de Miguel, *El cuento de Navidad de Auggie Wren* de Paul Auster, *El Guardagujas* de Juan José Arreola. "Atractores extraños" no tiene una referencia literaria específica.

En Extracto del espejo se reflejan rostros y objetos

La obra fotográfica de Lourdes Cov, diálogo entre imágenes y palabras.

La semilla de contar historias que me brindó Dora Sando-
mingo, mi abuela, y mi amigo y maestro Mario Heredia. Las historias de la familia Vizcaíno y la familia Covarrubias.

Las risas de Carmen Villoro, la voz de Ivabelle Arroyo, las pa-
labras de Luis Armenta Malpica, los abrazos de Alex, la música de
Helena Sánchez Soto, los martes de Ileana Guzmán. Los Gorosti-
zos. Las Vodka Corean.

El amor de mis hijos Ixchel e Isaac (y su lectura crítica a estos
cuentos); la fortuna de tener a mis hermanas Lourdes Ivett y Da-
nitza Aidé; a mis sobrinos Dafne, Edgar y Emilio; a mis padres.

La presencia de mi otra hermana, Ivette Maritza, como en
un espejo imaginario.

Las *papas* Margarita Valdivia y Rosa Valdivia. Las pestañas de
Jorge Orendáin. La calidez y apoyo de Daniel Varela y la compli-
cidad incondicional de Moy González. Las comidas y charlas de
Gina Rivas y Edith.

La esperanza de un buen camino que me regala Jorge
Esquinca. Y Cristina Rivera Garza. Y David Miklos. Y Antonio
Ortuño. Gracias. Por estar. Siempre.

Este libro, como los discos de los músicos y los libros cien-
tíficos, está agradecido.

K. S. V.

Coordinación editorial

Sayri Karp Mitastein

Cuidado editorial

Jorge Orendáin Caldera

Diseño

Sol Ortega Ruelas

Extracto del espejo

Se terminó de imprimir en noviembre de 2009
en las oficinas de la Editorial Universitaria
Para su formación se utilizaron las tipografías
Frutiger y Avenir, diseñadas por Adrian Frutiger.

